

Selección TERROR



VIAJE AL INTERIOR DE LA MUERTE

Frank Caudett

FRANK CAUDETT

VIAJE AL INTERIOR DE LA MUERTE

1ª edición. octubre de 1991

1ª edición en América abril de 1992

Esta publicación es propiedad de EDITORIAL ASTRI, S.A. Apto. Correos 96008 • Barcelona

ISBN: 84-7S90 926-4 Depósito legal i tuft n

Imprime GIESA Tel. 2181200 08006 Barcelona

Printed in Spain - Impreso en España

PRÓLOGO

Malcolm Lester, cirujano del Memorial Hospital de Manhattan, entidad agregada a la Facultad de Medicina de Nueva York, miró a su compañero Cotten, forense de guardia en aquella noche, y le anunció:

—¿Te has enterado de la noticia, Donald? El otro movió la testa en sentido negativo.

—No. Además, aquí pasan cientos de noticias al día. ¿A cuál te refieres?

—Lloyd Logan ha muerto.

Cotten parpadeó con manifiesto asombro.

—¿Lloyd...? ¿No es uno de los hijos de nuestro director?

—En efecto. El benjamín de la familia. Percival Logan está deshecho. Lo he visto salir del hospital a poco de que le fuese comunicada la noticia. Iba llorando como un chiquillo. En el tiempo que le conozco jamás había visto a Percival exteriorizar una emoción..., manifestar un sentimiento. Está destrozado.

—¿Y quién no lo estaría en su caso? ¿Cómo ha ocurrido?

—Ahí está lo verdaderamente terrible —dijo Malcolm Lester con voz apagada, como si tuviese miedo de responder a la última pregunta de su colega—. Al parecer... —titubeó—, una sobredosis de heroína.

Donald Cotten evidenció la sorpresa que le producía aquella respuesta con un gesto elocuente.

—¡Válgame el cielo! Lloyd... ¿era drogadicto?

—Así habrá que suponerlo, ¿no? Si consumía heroína... El forense se mesó los cabellos.

—¡Se me antoja imposible! Es difícil creerlo. ¿Sabía Percival que su hijo era aficionado al consumo de heroína?

—Evidentemente, no. Hubiese empleado todos los medios a su alcance, que no son pocos, para combatir el hábito de su menor. De ahí que el golpe haya sido todavía más duro para él. La muerte de un hijo a los dieciocho años debe ser terrible, y si encima la causa es precisamente aquello que tú has tratado de combatir...

—Parece como una absurda y macabra burla del destino —sentenció Donald Cotten—.

Lo siento de todo corazón por Percival y por el muchacho, aunque por él, desgraciadamente, ya no podemos hacer nada. ¿Cuándo es el entierro?

—Mañana en el St. Raymond's Cementery del Bronx. A las once.

—Tengo el tiempo justo para salir de guardia e ir a cambiarme —dijo el forense. Y con triste ironía, pregunto—: ¿Más novedades necrológicas?

—Tienes una autopsia cuyo resultado se espera con interés.

—¿Por...?

—No sabría decírtelo exactamente, Donald. Se trata de un caso raro.

—¿Raro? ¿Qué hay de raro en la muerte?

—En la muerte puede que nada. Pero en esta muerte... SI —puntualizó el monosílabo, Malcolm Lester, con patente énfasis.

—¿Te importaría ser más concreto?

—Es algo extraño que ninguno de los que componemos el equipo médico-quirúrgico acertamos a entender. Es... —dudó unos instantes mientras se mordía el labio inferior en actitud reflexiva. Como si tratase de encontrar los términos más adecuados—. Es un hecho extraño que me atrevería a calificar de sobrenatural. Un hecho que escapa a nuestros míseros conocimientos.

—Me tienes en ascuas —confesó el forense—. Y aún no me has dicho la causa de la muerte de ese hombre.

—Es una mujer. Se llamaba Moira Bolkan. Ignoramos la causa de su muerte. Cotten abrió mucho los ojos.

—¡Malcolm! ¿Qué estás diciendo?

—Lo que oyes. Yo diría... que esa mujer nació muerta y vivió en éxtasis de muerte. Sus órganos vitales están perfectos. Quizá tú puedas aclararlo.

—No acabo de entenderte. Y me sorprende esa definición entre poética y romántica que has hecho de la muerte de esa mujer.

—Cuando la veas, Donald, quizá lo entiendas. Y ahora, me marcho. Tengo todavía trabajo para unas tres horas y antes de acostarme quiero pasar por casa de Logan para ofrecer mi pésame a la familia. Un trámite social que esta vez se me antoja muy desagradable.

—¡Y que lo digas! Hoy, agradezco estar de guardia, para evitarme ese formulismo. Nos veremos en el entierro.

—¡Ah!, Donald. Antes de hacer el informe definitivo me gustaría que me dieras tu impresión personal sobre la autopsia de Moira Bolkan.

—Lo haré, Malcolm. Descuida.

—Buena guardia.

—Gracias.

Lester echó pasillo arriba mientras Cotten se encaminaba en dirección opuesta, rumbo a la Morgue del hospital. Empujó la puerta de la amplia y

gélida estancia siendo saludado al instante por el enfermero de guardia.

—¡Hola, doctor!

—Buenas noches, Alan. ¿En qué cajón tienes a Moira Bolkan?

—En el 12, doctor. ¿Va a trabajar con ella?

—Sí. Trasládala a la mesa de autopsias. Voy a ponerme el traje de faena.

Veinte minutos después, Donald Cotten se enfrentaba al lienzo que cubría el cuerpo de la difunta.

Tiró de aquel con rapidez profesional.

Un bello cadáver...

Cuyo tránsito había sido descrito por su compañero Lester con una aureola mística, con un entorno misterioso, con una definición que encerraba un tratado de poesía romántica Un bello cadáver, sí.

El de Moira Bolkan.

Sus facciones, ahora enmarcadas por la espectral blancura de la muerte, por aquel matiz níveo de pinceladas lívidas, conservaban aún toda la dulce hermosura que habían poseído en vida.

Pero no fue eso lo que llamó, poderosamente, la atención del forense. Lo que le hizo experimentar un incomprensible desasosiego.

No era eso, no.

Era la placidez expresiva de aquellas facciones. El mensaje de paz que se captaba en los ojos de la muerta tras haber descorrido, como lo había hecho Cotten en un impulso tan irrefrenable como inexplicable, los párpados del cadáver.

Hasta tuvo la inquietante impresión de que los labios que un día fueran sensitivos y carnosos... *se movían;* se movían... hasta susurrar: «Es maravilloso estar muerta».

Donald Cotten sintió que un escalofrío batía toda su osamenta... al darse cuenta de que le costaba apartar sus pupilas de las del cadáver.

¡Parecían tener vida!

—¿Me estoy volviendo loco... o qué? —se preguntó en voz alta, intentando tranquilizarse y consiguiendo al fin desviar la mirada—. ¡Nunca me había sucedido nada igual! Seguro que se debe a la sugestión que me han producido las frases de Malcolm Lester. Pero...

¿Era..., era imaginación suya, o se habían movido realmente los labios de Moira Bolkan?

«Yo soy la muerte. ¿Quieres venir conmigo? Nunca sentirás un mayor

éxtasis que cuando seas cadáver. Yo... podría volver, ¿sabes? Y prefiero estar muerta. No me crees, ¿verdad?»

Donald sintió que un nudo de saliva se apelotonaba en su garganta. Se restregó los ojos con fuerza buscando el contacto con una realidad que parecía haber abandonado por una misteriosa razón que no alcanzaba a comprender.

¿Qué le estaba sucediendo?

¿Qué diabólico poder del más allá le estaba influenciando a través de la vacía mirada de aquel ser inerme?

¿Vacía...?

En un chispazo de lucidez extendió la diestra para correr los párpados en los que parecía nacer tan singular y espectral hechizo.

«NO...! ¡NO LO HAGAS!

Los dedos del forense se quedaron en el aire. Inmóviles.
Sin fuerza para completar el movimiento iniciado.

Tan absorto se hallaba en el trance en que se había sumido desde el instante que mirara los ojos de Moira que no tuvo conocimiento, percepción real, de que tras él había otros ojos...

Otros ojos, sí.

Grandes e hipnóticos. De rojizo destello. Fijos también en los de la muerta.

Y el cerebro que daba poder a los dos círculos luminosos, sangrientos, satánicos... ESTABA EN CONTACTO CON LA MUERTE, en teoría trasladada a la región tenebrosa del más allá, DE MOIRA BOLKAN. Emitiendo y transmitiendo una extraordinaria carga de energía con la que... VIVIFICABA LAS CÉLULAS CEREBRALES DE LA MUERTA.

Era un cerebro que estaba realizando un insólito y demencial viaje al interior de la muerte. Un cerebro que en silencio pronunciaba palabras que eran recibidas por la mente de la mujer.

«Tu energía *vive, Moira. Si te concentras en la fuerza que yo te estoy enviando... VOLVERÁS. Mi energía te vivifica y será el soporte de tu nueva existencia. Sigue...*

Donald Cotten estaba mirando, estupefacto, su brazo inmóvil.

—¡Maldita sea! —reaccionó—. ¿Qué me está sucediendo?

Y quiso de una definitiva vez cerrar aquellos ojos que parecían poner en entredicho su equilibrio mental.

«¿Me tienes miedo...? ¿Por qué no te atreves a mirarme fijamente?»

—¡Que estupidez! Esto... ¡casi es un sacrilegio! —y se frotó de nuevo la

vista.

«Estoy viva... ¡VUELVO!»

«Levántate, Moira... LEVÁNTATE.»

El cadáver, muy despacio, con una lentitud antológica que ponía en duda la realidad hasta confundirla con el negro misterio de lo espectral... SE FUE INCORPORANDO EN LA MESA DE AUTOPSIAS.

—¡NOOOOO! —se desgañitó el forense.

«Coge el bisturí*, Moira. Ese largo y afilado bisturí que hay en la cubeta. CÓGELO.»* Cotten sintió unos bestiales deseos de salir corriendo como un loco.

De correr, correr, correr, correr... CORRER.
¡Y no detenerse hasta el fin del mundo! ¡Hasta la misma eternidad! Hasta un lugar en el que no sucedieran hechos tan terribles.

Pero sus pies estaban clavados, hundidos, enraizados en el cemento del piso... a causa de aquella maza invisible que golpeaba violentamente su cabeza hundiéndolo cada vez más en tierra.

No podía moverse... NO.

Por eso seguía rígido, como en trance, contemplando con expresión de horror inenarrable los lentos movimientos del cadáver... Contemplando con pánico infinito cómo la diestra de aquella difunta que regresaba acababa de aferrar el mango del bisturí, decididamente, girando hacia él con el instrumento empuñado en evidente actitud agresiva.

«Mátalo, Moira, mátalo*. Si él muere... TU VIVIRÁS.»*

«Te voy a matar. Quiero que sepas lo hermosa que es la muerte...»

Donald Cotten se dijo que no.

QUE NO.

Que aquello no era cierto. NO PODÍA SER CIERTO.

Que estaba soñando y que aquel sueño era la pesadilla más escalofriante que jamás había experimentado un ser humano.

¿Pesadilla?

«Mátalo, Moira... ¡Mátalo!»

La mano de la muerta se fue hacia atrás con inusitada fuerza blandiendo la acerada hoja del bisturí, de cuyo filo, la luz intensa de la potente lámpara que colgaba sobre la mesa de autopsias, arrancaba chispazos espectrales.

Después vino hacia delante, rumbo a la garganta del forense... CON VELOCIDAD VERTIGINOSA.

El terror dio fuerza a sus cuerdas vocales sacándolas del ostracismo en que el diabólico espasmo las tenía ahogadas. Y todas vibraron al unísono en un estridente y enloquecedor.

—¡NOOOOO!

Pero el bisturí, inhumano y letal, alcanzó su cuello una y otra vez, acribillándolo. Acribillándolo con morboso frenesí.

Rasgando los tejidos, destrozando las vértebras, segando los cartílagos...

Moira, frenética, presa de la fuerza satánica que le devolvía la vida, acuchillaba con ritmo diabólico, con infernal satisfacción, una y otra vez, una y mil veces, lo que quedaba de aquella garganta en que las horribles «cañerías» abiertas por el agudo y punzante acero, escupían la sangre a borbotones... la expulsaban con violencia inaudita.

La *muerta,* bañada en aquel caudal tan rojizo como viscoso, satisfecha por la lluvia sangrienta que la empapaba, seguía con brutal ilusión culminando su macabra tarea.

La puerta se abrió en aquel momento.

Porque Alan Riegel, enfermero de guardia, había captado el estremecedor alarido del forense.

Se llevó ambas manos a la cabeza, atónito. Estupefacto.

Por unos instantes creyó haberse vuelto loco.

—¡VIRGEN SANTA! —aulló—. ¡Eso no es posible...! ¡Tanto horror no puede ser verdad! Y se quedó inmóvil.

Rígido. Petrificado.

«Todo ha terminado, *Moira. Tú... ESTÁS MUERTA. Mi energía se desvanece y tú estás muerta. Vuelve con los tuyos. Vuelve con la... MUERTE.»*

El bisturí se escapó de entre los dedos de la resucitada y tintineó en tierra entonando una salmodia estremecedora con su espectral tintineo. Ella fue a tenderse encima de la mesa de autopsias.

Muerta.

Porque Moira Bolkan estaba muerta. MUERTA, sí.

Justo entonces, Alan Riegel logró escapar a la inmovilidad. Y corrió hacia la salida como un poseso.

Bramando:

—¡AUXILIOOOOO!

CAPÍTULO 1

La residencia de la familia Logan, ubicada en la parte alta del gran Manhattan —1.623 de Fort Washington Avenue—, en aquella zona de la urbe de los rascacielos reservada a un grupo de privilegiados sociales y económicos neoyorquinos, era un continuo y silencioso desfile de personalidades que acudían a testimoniar su solidaridad con el dolor de los padres y hermanos del joven Lloyd Logan.

De la versión familiar de fallo cardíaco se pasaba a hablar, *sotto vocce* pero con fuerza, de la genuina versión *vox populi* de un desordenado consumo de drogas que habían precipitado el fatal desenlace.

A las dos de la madrugada había remitido, considerablemente, el trasiego de condolientes. A semejante hora sólo los íntimos se atrevían a llegar hasta la señorial mansión.

Fue el momento elegido por Gregory Nelligan, subdirector del Memorial Hospital y mano derecha de Percival Logan, hombre conspicuo de firmes convicciones católicas — condición *sine qua non* para trabajar a la vera de Logan—, para personarse en el domicilio sumido en la tragedia y hacer patente su abatimiento. Le flanqueaban Malcolm Lester y Jack McNee, cirujanos ambos y especialista este último en intervenciones relacionadas con el sistema nervioso.

Rápidamente un severo fámulo de expresión hosca los hizo pasar a la biblioteca, estancia que habitualmente servía de despacho al dueño del lugar.

No tardó en personarse un Percival Logan anonadado, hundido, literalmente deshecho, cruelmente desbordado por el látigo impío de la muerte que le había arrebatado a su hijo.

Las facciones estiradas, correctas y de continuo severas, mostraban hoy la presencia del rictus mortal que las estrujaba.

La total negrura de su vestimenta parecía otorgarle una mayor altura y fúnebre esbeltez a su elegante silueta.

Gregory Nelligan fue el primero en adelantarse hacia el director del Memorial Hospital. En estos términos:

—No tengo palabras, Percival.

—Te comprendo, Gregory. Sé lo que sientes. Y te agradezco tu presencia más que nunca. Malcolm Lester, tras esperar que se deshiciera el abrazo patético que había fundido a ambos hombres, extendió su diestra.

—Doctor Logan..., no son palabras lo que usted necesita y voy a evitarlas. Personalmente, aún me siento aturdido por la noticia.

—Gracias, Lester. Mc consta su integridad. Jack McNee fue el último.

Dijo:

—Soy solidario con su dolor, doctor Logan. Estoy a su disposición.

—Su presencia me reconforta, Jack. Tengo la certeza de que siente como suya mi tragedia.

Nelligan, estrujando los dedos de una mano en el interior de la otra, dominando con dificultad el creciente nerviosismo que lo invadía, anunció:

—Tengo algo grave que comunicarte, Percival.

El eludido arqueó las cejas con irónica funestidad.

—No creo que nada me pueda afectar, Gregory. Ver cómo se te escapa la vida de un hijo a los dieciocho años es una tragedia cuya gravedad no se puede superar. ¿De qué se trata?

—Ha ocurrido un hecho terrible en el hospital.

—No le des más vueltas...

—Como quieras —y le narró la versión que él tenía de los sucesos acaecidos en la sala de autopsias.

El director de la institución médica no hizo, en los primeros instantes el menor comentario a tan insólito comunicado.

Preguntó, al fin, con expresión hierática:

—¿Se puede dar crédito a la explicación de Alan Riegel?

—McNee le ha efectuado un somero examen. Quizá él pueda ser más objetivo.

Jack McNee frunció el entrecejo. Evitó mirar directamente

a Logan como para no causarle mayores trastornos emocionales. Anunció:

—El examen a que acaba de aludir el doctor Nelligan está sujeto, es obvio, a una posterior observación. A unas pruebas más amplias y exactas que nos brindarán mejores elementos de juicio. En principio y pese a la profunda crisis nerviosa en que se halla sumido, cuyos efectos he contrarrestado con los fármacos de urgencia, parece, sólo parece, que el aparato psíquico de Riegel funciona, atropellada, pero correctamente. Ya sé, doctor Logan, que el relato es increíble, pero...

—¡Qué ha dicho la policía, Gregory? —terció Percival.

—Esos son muy pragmáticos y no creen una sola palabra de lo expuesto por Riegel. En hipótesis y aunque por delicadeza al menos momentánea el teniente de la Brigada de Homicidios Telly Brown se lo ha callado, sus sospechas están centradas precisamente en Alan Riegel.

—¡Absurdo! —exclamó Logan.

—Tanto... —puntualizó Nelligan— como su propio relato. El teniente Brown, dando otra prueba de saber estar, ha renunciado a interrogarte respetando tus difíciles circunstancias. Pero mañana, pasado o el otro, se verá obligado a tener un cambio de impresiones contigo.

—Ya, ya... —hizo Percival Logan un ademán de cansancio. De fatiga moral. Comentando con evidente amargura—: Tengo la inquietante sensación de que alguien, repentinamente y por una razón que se me escapa, se ha empecinado en hundirme. Los hechos que me asolan son suficientes como para terminar con la fe y las convicciones del más íntegro.

—¡Por Dios, Percival! —estalló Nelligan, alzando ambas manos al ciclo como si lo pusiera por testigo—. ¡Tú no puedes decir eso!

—Aún estoy aturdido por la muerte de mi hijo —siguió Logan, como si no hubiese oído los lamentos de Gregory—, cuando de nuevo, un luctuoso y desconcertante suceso se abate sobre mí. Por si todos esos sufrimientos no fuesen suficientes, ahora pienso en la dificultad de enfrentarme a la opinión pública.

Jack McNee se adelantó hacia su director, razonando:

—Perdone que le corrija, doctor Logan..., pero su composición de lugar no es la adecuada. Está usted tremendamente influenciado por el óbito del muchacho y ello le resta capacidad de reflexión. La opinión pública no puede exigirle responsabilidades acerca de un hecho, tan insólito como sorprendente, al que todos somos ajenos.

—Soy el director del Memorial, ¿lo olvida, McNee? ¿Y sabe, además, lo que se rumorea con respecto al fallecimiento de mi hijo?

McNee, mediana estatura, recio y ancho de hombros, cabello estirado y escaso, facciones anchas de trazo anguloso, aspecto cordial c introvertido aunque ahora recortado por las circunstancias, evitó otra vez la mirada de su anfitrión e interlocutor.

Fue, no obstante, sincero.

—Sí, algo he oído.

—Los rumores son ciertos, Jack. El fallo cardiaco lo ha provocado una sobredosis de heroína. ¿Entiende lo que eso significa para mí? Tuve graves dificultades a la hora de conseguir de la Junta que se habilitase un pabellón en el Memorial para toxicomanía, para drogadictos en especial... ¡Y mi hijo muere por la droga!

—Las causas, doctor Logan, no alteran el hecho irreversible de la muerte. A mi entender, ahora, poco importa el porqué.

—Una vida de dieciocho años acaba de rendirle tributo a la heroína —dijo Logan con aire ausente—. ¿Le parece que eso no importa, McNee?

Fue Malcolm Lester quien intervino para romper el tenso ambiente que daba marco a la escena.

—Doctor, si no tiene inconveniente, quisiera ver al muchacho.

—Sí, yo también lo deseo —se le unió McNee.

—Por supuesto —repuso Percival Logan—. Síganme. Aquello parecía otro mundo.

Un mundo de silencio, de tragedia y decepción.

El sentimiento unánime de los allí reunidos parecía ser la rebeldía. Una rebeldía que trataba de huir y ocultarse en el obligado conformismo de unas convicciones que estaban faltando por su base.

A Karen Desailly, esposa de Percival, cuyo rostro agradable y hasta bello, se mostraba ahora como una máscara de dolor y desesperación, como un elocuente compendio de crispación y amargura... ¿podía alguien hablarle de resignación cristiana y de confianza en la otra vida a la que su hijo se había integrado con sólo dieciocho años?

No. Nadie podía hablarle de ello.

Verónica y Faye Logan, hermanas del difunto, que todavía tenían recientes los momentos alegres y esperanzados de una niñez y adolescencia que habían compartido con aquel que acababa de entonar un silencioso e irreparable adiós... ¿qué palabras de consuelo podían admitir, qué explicación racional sería capaz de convencerlas acerca de la realidad de la muerte..., qué argumentos se les antojarían válidos para justificar una ponderada reflexión sobre aquel acto que en sus mentes tildaban de cruel y tachaban de brutal?

Incluso Harry Shepard —esposo de Faye Logan—, policía, adscrito a la Brigada Antiatracos de Nueva York, hombre familiarizado con la violencia y la muerte, se revelaba frente a la monumental injusticia de un muchacho de dieciocho años tendido en el interior de un luctuoso ataúd.

Aquello, en definitiva, no parecía... ERA otro mundo. Un mundo de angustia y desesperación.

Ni Gregory Nelligan, ni Jack McNee y tampoco Malcolm Lester tuvieron arrestos para acercarse a la llorosa madre y decirle lo mucho que lamentaban aquella muerte.

El primero sólo tuvo valor para rodear los hombros de Verónica y susurrarle al oído:

—Es horrible, pequeña.

Ella, ocultando el rostro entre las manos, sollozó:

—¡Desesperante..., es desesperante!

Encima del lecho, el riguroso y negro féretro.

Dentro, aureolado por un sudario de tinieblas que resaltaba aún más la blancura cadavérica de sus facciones, un joven de rasgos agradables, lejanos ahora como su expresión, mostrando un rictus suave y apacible no exento del estigma crispatorio de la muerte. Sus manos estaban cruzadas sobre el pecho y entre los dedos, un crucifijo.

Por mor del silencio, las acompasadas respiraciones, puede que un tanto fatigosas y aceleradas de los allí reunidos parecían convertirse en el alocado galopar de las olas de un océano batido sin piedad por las iras del viento.

—¡Hijo de mi alma! —exclamó de súbito Karen Desailly, señora de Logan —. ¿Por qué..., por qué nos dejas?

Faye Logan, apretándose contra su marido, musitó:

—¡Es una injusticia, Harry! ¡Y me revelo contra ella! Si Dios quiere castigarme por ello, que me castigue. ¡Un hombre joven no puede morir así! ¡No debe morir!

Puede que nadie, en aquel preciso instante, estuviera con los ojos fijos en el cadáver. Todos estaban lamentando su muerte en la lógica medida de su proximidad hacia él, pero ninguno le miraba.

Por eso no se percataron del leve movimiento de sus manos ni de la caída del crucifijo hacia un lateral del ataúd por su parte de dentro... ni de los párpados al iniciar un tímido intento de abrirse.

Tampoco se pudo escuchar —porque inaudible era para los vivos— aquella voz que en el silencio y surcando las espesas tinieblas de ultratumba viajaba otra vez hacia el interior de la muerte estrellándose dentro de la mente... ¿muerta?, de Lloyd Logan.

Así, con esta callada expresividad:

«La energía está en ti, Lloyd. Voy a vivificarla con la mía. Mi poder es el de Satán y Él quiere que *vuelvas. Vuelve, Lloyd... ¡VUELVE! Diles a quien están llorando tu muerte que vendrás de nuevo. Que vendrás por EL... ¿LEVÁNTATE Y DÍSELO!»*

Los párpados acabaron por descorrerse. Una súbita vitalidad azotó la naturaleza del cadáver que...

¡POCO A POCO SE IBA INCORPORANDO!

Ahora sí.

Ahora captaron la trágica magnitud, la demencial dimensión de los movimientos del muerto.

—¡Dios santo! —exclamó la madre.

—¡No..., no es posible! —sollozó Verónica Logan tapándose la cara.

Y los labios de Lloyd se movieron, lentamente, para desgranar como estremecedor lamento de ultratumba:

«¡Volveré...! Porque Satanás lo quiere. Y aquellos que no creen en él... ¡ay de ellos!, se convencerán de su poder. Honraré al Príncipe de las Tinieblas con mi retomo y mi brazo será el ejecutor de quienes lo niegan. No lo olvidéis... ¡VOLVERÉ!»

Y así, con esta exclamación final, horrible, patética, cayó hacia atrás, tornando a inscribirse en la inmovilidad de la muerte.

Tan estremecedor como el propio hecho de velar a un joven cuya desaparición no se resignaban a admitir, fue para los allí reunidos la circunstancia enloquecedora que acababan de vivir.

Desorbitadas las pupilas, aterradas las expresiones, se miraron unos a otros buscando la terrible confirmación a una realidad espantosa.

Percival Logan, crispado, dominando el paroxismo que lo precipitaba al borde de la locura, se desesperó:

—Lo que ha sucedido... ¡NO ERA REAL! Es una simple provocación de nuestra torturada fantasía. Debemos olvidarlo todos. ¡TODOS SIN EXCEPCIÓN!

Karen Desailly estalló ahora en un llanto histérico y convulsivo.

—Yo me ocuparé de ella —dijo el doctor McNee corriendo hacia la mujer.

Harry Shepard, el policía, se acercó a su suegro. Intentando tranquilizarle con estas expresiones:
—Quizá haya sido como el reflejo de un estado de hipnosis —ni a él mismo podían convencer tan vacíos argumentos, y tan absurdos a la misma vez. Pero añadió—: Como el oasis que sólo existe en la mente del caminante sediento perdido por el desierto. Queríamos verlo vivo y... No haré el menor comentario con nadie, ni nadie debe hacerlo. Esos caballeros, sus colegas... ¿son de confianza, papá?

—Absoluta. Por ellos nada temo. Sólo temo... por lo que acaba de decir mi hijo.

—¡Está muerto, papá! ¡Muerto! Ha sido una visión. Sólo eso.

—Si tú lo dices...

Pero el director del Memorial sabía, en lo más íntimo de su ser, que no se trataba de una visión.

Siempre había rechazado los fenómenos parapsicológicos, pero...

¿Volvían los muertos?

¿PODÍAN VOLVER?

Aquellos interrogantes, aquellas terribles incógnitas, torturaron a partir de aquel instante el cerebro de Percival Logan.

¡No podía admitir el regreso de los muertos! ¡Y menos merced a una maniobra de Satán!

Pero...

¿PODÍAN VOLVER?

Y también se preguntaba, en medio de aquel marasmo enloquecedor que azotaba su mente, que grave pecado había cometido para merecer semejante castigo.

Su hijo había muerto a manos del enemigo que él trataba de combatir: *La droga.* Y regresaba a la vida de manos de su más odiado enemigo: *Satán.*

¿Por qué?

De repente se vino abajo. Shepard hubo de andar ligero para evitar que Percival se estrellase de bruces en tierra.

—¡Doctor...! —gritó, mirando a Nelligan—. ¡Se ha desmayado!

El subdirector del Memorial Hospital y el cirujano Malcolm Lester acudieron prestos. Mientras este último cooperaba con Harry Shepard para trasladar a Logan a una sala adyacente y tenderlo sobre un sofá, el primero anunció:

—Voy a inyectarle un sedante.

Precisamente lo mismo estaba haciendo con Karen Desailly, el doctor Jack McNee, ayudado por Verónica.

En pocas horas un seísmo de tragedias había hecho temblar los cimientos del número 1.623 de la neoyorquina arteria de Fort Washington Avenue.

Un terremoto del que, como temía Percival Logan, pronto se haría eco... estridente y despiadado eco, la opinión pública de la ciudad.

Era el principio del fin.

Cabía preguntarse, como minutos antes también lo hiciera Percival, ¿qué grave pecado merecía aquella horrible penitencia?

CAPÍTULO 2

Las manecillas del reloj señalaban puntual y exactamente las 4 horas y 37 minutos de la madrugada, cuando Verónica Logan estacionó su veloz y modernísimo Mercury-Cougar, metalizado en ocre, en la explanada del parking que se abría al término de Amstel Boulevard, a la derecha de Vernam Basin y espaldas del océano Atlántico y frente al grupo de islotes convertidos en zona verde acuática denominados Jamaic Bay que se esparcían en las aguas hasta concluir por debajo del John Fitzgerald Kennedy- International Airport.

Oteó el horizonte en el que adivinaban ya las primeras luces del nuevo día, tras saltar del vehículo.

Apretó la palma de ambas manos contra los muslos en un movimiento nervioso que trataba de justificarse alisando el ajustado vaquero de pana negra que encerraba el bien delimitado recorte de sus nalgas plenas y la perfección escultórica de sus estilizadas extremidades inferiores.

Veintidós años...

Veintidós jóvenes primaveras contemplaban de arriba abajo y viceversa la belleza simpar y la armonía sin igual de Verónica Logan.

Porque era una mujer muy hermosa, sí. Extraordinariamente bien hecha, también De encantos pródigos y excepcionales que componían uno a uno el tono perfecto y exquisitamente ensamblado de una geometría, con matices exóticos y místicos al mismo tiempo, formando la extraña pero agradable simbiosis que terminaba por convertirse en una auténtica delicia para los ojos que la contemplaban.

Quizá éste no era el mejor ni el más adecuado momento para ofrecer un análisis de las muchas virtudes físicas que adornaban a Verónica Logan. De todas formas, el dolor, la tragedia y la consternación derivadas de los últimos y trascendentales hechos que en pocas horas había vivido aquella muchacha, podían ensombrecer pero no borrar los explosivos encantos que daban marco a su persona.

Verónica, pues, estaba inconmensurable.

Era alta, como ciento setenta y seis centímetros de pies a cabeza, aumentados por la estructura de las botas que culminaban en agudos tacones sobre los que mantenía magistralmente el equilibrio y encima de los cuales cobraban movimiento sus piernas perfectas que daban giro alucinante a sus glúteos de rotar obsesivo. Su cintura era tan breve como inverosímil y sus pechos dúctiles y vibrantes cobraban, bajo el jersey negro de cuello cisne que los oprimía con espíritu penitenciario, una agresividad inusitada dinamante tanto de su firmeza como de su voluptuosa juventud.

El óvalo prolongado de su rostro daba albergue a unas facciones, pálidas y

demudadas ahora, de belleza exquisita y singular. Sus labios grandes de trazo perfecto que se unían en magistral arco de cupido, en carnoso exponente de su vitalidad, se veían precedidos por una nariz recta de corte respingón que separaba el brillante caudal de los preciosos y grandes ojos tonalidad almendra. Su cabello suelto y castaño rebasaba los hombros para golpear la espalda suavemente.

En aquel instante, justo es insistir, Verónica estaba muy distante de aquella belleza tan suya de la que siempre se había sentido satisfecha y orgullosa. Ahora, poco parecía importarle que su divisa física fuera capaz de trastornar la emotividad masculina y de rendir a sus pies los más o menos encomiables deseos de los hombres que se habían sentido cautivos de su hermosura.

Trataba de concentrarse en el por qué y en el quién, a aquellas horas, la habían llevado al lugar donde se encontraba.

El *porqué* era obvio.

El *quién* tenía nombre propio: Craig Stevens.

¡Si alguien le hubiera dicho sólo cuarenta y ocho horas atrás que tendría que volver junto a Craig, se hubiese reído a carcajada limpia!

Ahora más bien sentía deseos de llorar a lágrima viva.

Su orgullo, su dignidad de mujer un tanto apagada de sí misma, veíase obligada a guardarlas en el hipotético bolsillo de la conveniencia.

Que Craig Stevens era un legítimo caradura, un libertino sinvergüenza y un tipo apuesto y arrollador como pocos, lo sabían más de una y veinte damiselas en la jungla de asfalto neoyorquino.

Que el desenfado, el atrevimiento, la masculina credencial de una envoltura física de excepción y el carácter extrovertido de Craig Stevens eran la patente de corso que le permitían entrar a saco en el mundo de las faldas y causar estragos entre las militantes del sexo opuesto, también lo sabían las hembras.

Sólo Verónica Logan, sin embargo, había tenido la suficiente personalidad para plantearle problemas y acabar plantándolo, tras esgrimir un singular y viejo adagio femenino: *«Elige; tu mundo o yo».* Él se había inclinado por su vanal entorno.

Por eso, ahora y en aquellas circunstancias, no dejaba de ser duro para la muchacha volver al lado de Craig. Aunque su vuelta no tuviera relación, al menos aparentemente y de un modo consciente, con los sentimientos que con anterioridad habían vinculado a la pareja.

Había llegado, andando, al vértice Channel Dirve y Cross Bay Boulevard que en las aguas recibía el nombre de Playland Pier, donde se encontraba anclado el *Liberty*, yate- hogar-oficina de Craig Stevens.

La pasarela que conducía a bordo estaba cruzada por una cadenilla de hierro de la que colgaba un cartel con una de las genialidades del propietario escrita, a mano, con caracteres rojos:

NO MOLESTAR, PLEASE

EL JEFE SE ENCUENTRA PASANDOLO BIEN

CON UNA CHICA

—¡Estúpido! —murmuró la muchacha, entre dientes, visiblemente indignada—. Es como si supieras que iba a venir. ¡Maldita sea tu estampa!

Apartó la cadena de marras y subió a bordo.

Dirigiéndose a popa empujó la puerta de la escotilla que conducía a los camarotes —tres concretamente— de que constaba el yate. En el mamparo de la izquierda junto a la escalerilla descendiente se hallaba, en forma de placa y adosada a aquél, la siguiente genialidad del singular marino.

Decía así:

CRAIG STEVENS. PRIVATE EYE INVESTIGADOR PROFESIONAL Y MARINERO VOCACIONAL

ADVIERTO: SOY VIOLENTO Y PENDENCIERO.

NO TOLERO INTROMISIONES EL CLIENTE PAGA... PERO CRAIG STEVENS DECIDE SI ESTA DE ACUERDO, SIGA BAJANDO. ¡WELCOME!

¡Pedante!

Y echó escalerillas abajo.

Sabía que en el camarote se encontraba Stevens... pasándolo bien con una chica. Ignoró las buenas costumbres e hizo girar la manecilla de la puerta, abriéndola.

Al instante se dejó oír un zumbido similar al que hubiese producido un despertador electrónico.

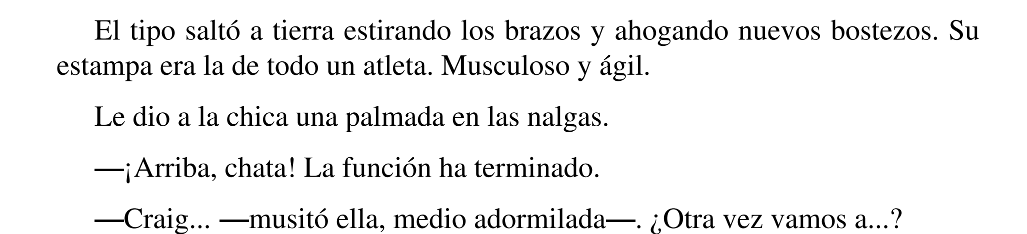
La chica estaba en bragas tendida en la litera inferior. Craig, en *shorts,* descansaba en la de arriba.

—¡Eh...! ¿quién demonios anda por ahí?

—Soy Verónica Logan.

—¡Vivir para ver! —se desesperezó, con sonoro bostezo, el marinero vacacional—. ¿De veras te sientes bien, Verónica?

—Siento náuseas, Craig Stevens. Pero hago de tripas corazón porque necesito hablar contigo urgentemente. ¿Quieres decirle a la del porno-show que se largue?



El tipo saltó a tierra estirando los brazos y ahogando nuevos bostezos. Su estampa era la de todo un atleta. Musculoso y ágil.

Le dio a la chica una palmada en las nalgas.

—¡Arriba, chata! La función ha terminado.

—Craig... —musitó ella, medio adormilada—. ¿Otra vez vamos a...?

—No seas marranita, muñeca. Tengo visita. Y se trata de una mujer decente, ¿no es así, Verónica?

—Deja de humillarme con tus sarcasmos e impertinencias. ¿Te vas o no a deshacer de... *ésa.*

—*Okay*—otro cachetazo en las nalgas—. ¡Largo de aquí, preciosa! ¡Anda! ¡Menea el culito y lárgate!

—¡Oye...!

—Acaba de ponerte el sostén por el camino, linda. Más de uno te lo puede agradecer.

—¡Estás loco! —la chica salió de la litera, confundida y cabreada—. ¡Ah, ya entiendo! Va a empezar el resopón.

—Sigue diciendo estupideces y te cierro la boca de una bofetada —amenazó Verónica.

—¡Eh, tía! ¿Qué te has creído? ¡Vaya! ¿Tú eres la que va de decente...?

—Esfúmate antes de que me enfade, linda —la empujó Craig con asomo de violencia.

Se largó, sí. Impresionada por la expresión nada cariñosa del tarzán. Vistiéndose sobre la marcha. Y no sin ames dirigir una elocuente mirada, cargada de reproches y mala leche, a Verónica.

Craig, una vez solos, indagó:

—¿Te apetece una copa?

—No. ¿Podemos ir a tu despacho?

—Esto es más... íntimo, ¿no te parece?

—No está mi ánimo para intimidades, Craig. Además, esto huele a perra en celo.

—Se diría que estás celosa, ¿eh?

—¡Estúpido!

—¿Has vuelto para insultarme?

—Porque te necesito.

—¡Ah, ya! Lo suponía. Te dije que...

—Te equivocas —Verónica se plantó frente al que rebasaba los ciento noventa centímetros. Tras mirarle con desdén y altivez, inclinó sus almendradas pupilas al tiempo que desgranaba—: Necesito al detective Stevens. Mi hermano Lloyd... ha muerto.

En el rostro tostado y varonil, atractivo, de Craig Stevens, se pintó una mueca de estupor.

—¡Que...! ¿Muerto? ¿Cuándo? ¿Cómo?
—Pasemos a tu oficina.

—*Okay.* Y déjame que te diga que lo siento enormemente. Disculpa mis anteriores ironías, Verónica —había salido para dirigirse al camarote contiguo, al que el detective utilizaba como despacho. Agregó—: Yo no podía pensar...

—Te entiendo, Craig. Sé que ahora eres sincero —Verónica se dejó caer en el sofá- rinconera que hacía de vértice entre los mamparos frontal e izquierdo—. Dame esa copa que me has ofrecido.

Stevens se dirigió al mueble-bar.

—¿Whisky?

—Servirá. Doble y sin hielo.

—¿Soda?

—Tampoco —rechazó ella.

Sirvió dos. Y tras tender su vaso a la muchacha, engulló el suyo casi de un trago.

—Te veo muy preocupada, Verónica —daba conos paseos frente a ella.
—Es para estarlo, Craig. Es... ¡para volverse loca!

—Entiendo que Lloyd era muy joven y que su muerte...

—Sobredosis de heroína —le cortó la mujer, apurando su whisky. Craig detuvo en seco sus paseos.

—¡Droga! ¿Desde cuándo era Lloyd adicto?

—No lo sé exactamente. Le vi «fumar» en alguna ocasión, eso sí. Pero por lo visto, ahora se había pasado al pinchazo. ¡Horrible! Y siéndolo, no es lo peor.

Era obvio que el apuesto detective, el libertino sex-symbol masculino, estaba desconcertado. Sin embargo, no presionaba a la muchacha para que fuese más concreta. Se limitó a interrogar:

—¿Entonces?

Verónica lo soltó de un tirón:

—Lloyd, durante el velatorio, esta noche, se ha incorporado en su ataúd... *y ha hablado*. Craig se tragó el resto del líquido.

—No me llames cínico, pero... ¿has bebido antes de venir?

—El que acabo de tomar en tu presencia es todo el alcohol que he consumido en las últimas siete u ocho horas. ¿Quieres que te diga las palabras pronunciadas por Lloyd?

—Hazlo.

Las repitió textualmente. Con puntos y comas. Añadiendo:

—Si sólo las hubiese oído yo cabía la posibilidad de un trastorno mental transitorio. De una jugarreta del sistema nervioso. Pero estaban mamá, papá, Faye y su marido, el subdirector del Memorial Hospital y los cirujanos Malcolm Lester y Jack Menee. Si te parece que todo ese auditorio no tiene credibilidad.

—Por supuesto que la tiene, ¡digo! Lo mismo que él, llamémosle extraño suceso, debe tener una explicación racional.

—Si tú se la encuentras al hecho de que un muerto se levante de su ataúd y pronuncie arengas diabólicas... —apuntó ella con apagada ironía.

—A eso has venido, ¿no? A pedirme que la encuentre.

—¡Sí! —y estalló en agudo llanto. Lógico.
Craig se puso junto a ella rodeando con el brazo derecho los hombros de Verónica para atraerla contra él, suavemente.

—Llora, pequeña. Eso te hará bien. Necesitas desahogarte. ¿Quieres otro trago?

—¡No...! —hipó, al tiempo que buscaba el pañuelo para sonarse.

Transcurrieron varios minutos que Stevens dejó pasar en silencio esperando que ella se tranquilizara. Verónica, recostada contra el fornido tórax del hombre, se apretaba hacia él sin importarle ni pensar en lo que fechas atrás había sucedido entre ellos.

Craig juzgó llegado el momento de hablar.

—Tengo que hacerte varias preguntas. ¿Estás dispuesta?

—Sí, sí... —sollozó de nuevo, si bien parecía más tranquila y relajada—. Adelante, te escucho.

—Me has descubierto dos facetas de Lloyd que ignoraba. Y supongo que todos vosotros, claro. Una, la de su afición a la droga. Otra, su posible vinculación con alguna logia satánica. ¿Tienes algún elemento de juicio que permita suponer que ambas cosas estén conectadas?

Clavó en el rostro del detective sus magníficos ojos almendrados. Mordiéndose el labio inferior, inició:

—Verás..., hay un hecho que puede resultar significativo. Como la veía dudar, apremió:

—¿Es que no confías en mí, pequeña?

—¡Claro! Si así fuera no habría venido. Es que...

—Anda, Verónica, tranquilízate y Cuéntamelo.

—Hace dos meses, papá, despidió inesperadamente y sin explicaciones a uno de nuestros sirvientes. Al que desempeñaba las veces de secretario suyo, al que parecía tener en mayor estima: Terence Howard. Nadie hizo preguntas, pero todos notamos que ello afectaba bastante a Lloyd. Hablé con mamá y ella acabó por explicarme las razones. Al parecer, Terence tenía esa vinculación a que tú te referías antes con una logia satánica. Howard y Lloyd se llevaban muy bien, tanto, que mi hermano, según pudo saber papá, había acudido en dos o tres ocasiones, acompañado por Terence, a un lugar donde se celebraban rituales diabólicos; misas negras. No hace falta que te señale que mi padre es un católico integrista, radical diría yo.

—¿Cómo encajó Terence la decisión de tu padre?

—Con una corrección exquisita.

—¿No existió altercado entre ambos?

—No... que yo conozca. Howard se despidió de todos con la mayor naturalidad lo mismo que si su marcha obedeciera a motivos personales y desapareció. Yo, al menos, no he vuelto a saber nada de él.

—¿Y Lloyd?

—No hizo comentarios al respecto. Pero se le veía preocupado, eso sí.

—¿Pudo tener Terence Howard alguna relación con el hecho de que tu hermano consumiera drogas?

Verónica hizo un gesto negativo.

—Pienso que no. Hay algo más, Craig... —volvió a morderse el labio inferior—. Se ha producido otro hecho terrible.

Stevens arqueó las cejas. Pensaba que ya nada podía sorprenderle. Por eso la invitó:

—Adelante.

—Esta madrugada, cuando han llegado a casa los doctores Nelligan, Lester y McNee, yo me encontraba en la estancia adyacente al despacho de papá. Intentaba relajarme y lomar conciencia de la realidad. Al escuchar las voces, instintivamente he prestado atención y he podido escuchar el escalofriante

relato de Gregory Nelligan con relación al suceso acaecido por la noche en la sala de autopsias del Memorial Hospital.

Y narró los hechos. Apostillando:

—Estoy de acuerdo con mi padre, Craig. Es como si alguien, de repente, estuviera desencadenando una infernal confabulación destinada a hundirle.

—Una posibilidad a tener en cuenta, sí —musitó Stevens, quien trataba de dominar el desconcierto producido por el relato de ella—. De todas formas, aceptando una venganza o algo por el estilo, pasar factura resucitando muertos no es precisamente un sistema habitual de vengarse. Confuso, muy confuso. ¿Sabes de alguien que pueda odiar a tu padre... hasta ese extremo?

—Lógicamente, no. Tiene sus defectos, pero es un hombre recto y honrado. La gente así, a veces y sin quererlo, perjudica a los demás, desde luego. Pero no como para recibir un trato semejante.

El detective, pellizcándose la barbilla, en pie ahora, reanudó sus cortos paseos.

—Sería absurdo que te dijera que estoy pensando. Intento, sólo, hacerme a la idea de cuanto acabas de contarme.

—¡Lógico! Si yo que he sido testigo de parte de los hechos... ¡no consigo hacerme a la idea!

—Jamás había escuchado nada parecido, Verónica. Insisto, de todas formas, en que esos sucesos escalofriantes deben tener una explicación racional. Trataré de ser práctico y de jugar con los pocos elementos lógicos que me ofreces: ¿dónde se puede localizar a Terence Howard?

—En casa debe estar anotado su domicilio. Lo averiguaré. Aunque no puedo asegurar que siga residiendo en esas señas. ¡Ah, Craig!

—¿Sí...?

—Mi padre es ajeno a esta visita. Precisamente lo que él intenta por todos los medios es silenciar en lo posible lo ocurrido.

—Entiendo... y lo admito. Pero pierde el tiempo. Esta clase de sucesos, frente a una prensa como la de este país, no pueden ocultarse.

—Tienes razón. Pero él es así...

—El entierro de Lloyd, ¿a qué hora?

—A las once, esta mañana.

—¿Dónde?

—En el St. Raymond’s Cementery del Bronx. ¿Irás?

—Por supuesto —afirmó él. Añadiendo—: Quiero que me lleves allí una

lista en la que figure el posible domicilio de Howard y el nombre de esos médicos que estaban esta noche en tu casa así como el lugar donde puedo localizarlos fuera del Memorial.

¿Entendido?

Verónica se puso en pie y tendió las dos manos hacia Stevens.
—Sí... —titubeó—. Gracias, Craig. Debo regresar o les extrañará mi ausencia.

—De acuerdo.

Fue la propia mujer quien se aupó sobre la puntera de las botas para ofrecer su boca al hombre.

—Echaba de menos tus labios, pequeña. Sé que ahora no es el momento..., pero más adelante tengo que hablar contigo.

—Más adelante, Craig. Sí...

CAPÍTULO 3

Aquella madrugada también —5 horas y 40 minutos— en el hospital de un asilo para ancianos, ubicado en el Queens, una mujer de avanzada edad se estaba despidiendo de la terrena existencia.

—¡Madre...! ¿Por qué ahora? ¿Por qué eliges este momento para morir?

—Es Dios... hijo. El dispone.

—¡Dios, Dios...! ¡Maldita sea! Ya lo tengo todo a punto, todo dispuesto para la venganza, ¡y tú te vas!

—No hables de venganzas ahora, hijo mío. Ya no...

—¡Madre! ¿Es que no lo entiendes? ¡Lo he hecho por ti! He pasado largos años de mi vida estructurando el proyecto, desarrollando mis poderes sobrenaturales para castigar a los que te humillaron...

—¡Hijo mío, te suplico! Olvida..., olvídalo. Floreal Logan hace años que me precedió en este trance y ya le habrá rendido sus cuentas al Señor.

—¡Es aquí donde hay que purgar, madre! —estalló, encendidos y brillantes los ojos, el que estaba inclinado sobre el lecho mortuorio de la anciana—. ¡Aquí!

—Floreal murió...

—¡Pero quedan sus descendientes! Percival, mi hermano. ¡Él tiene que pagar! Ya lo he castigado con la muerte de su hijo..., ¡pero no es suficiente todavía! La deuda que todos los Logan tienen contigo es mayor, mucho mayor.

—No sigas, por favor. Me estoy mur...

—Aunque tú te vayas, madre... ¡Seguiré! Floreal te echó como a una vulgar prostituta y renunció a mí que era su hijo. Apesto a bastardo por culpa de esa gentuza y lo han de pagar.

—Floreal, a su manera, me atendió...

—¡Con limosnas! Pero no me dio su apellido porque eso significaba mancharlo. La buena sociedad no podía saber de mí, porque el honorable Floreal Logan no podía admitir la existencia de un bastardo. ¡Pero sí pudo abusar de la buena fe de una pobre criada!

¿Qué eras tú para él, Liliana? ¿Qué eras? Un simple objeto de placer que arrojó de su lado a patadas cuando comprendió que lo que llevabas en tus entrañas podía acarrearle problemas.

—¡Hijo..., hijo! ¿Qué culpa... tienen los demás de sus errores?

—¡Llevan el apellido Logan! Para mí, es suficiente. Hoy ha empezado mi venganza, hoy he viajado por dos veces al interior de la muerte para saborear

el placer del sufrimiento de los Logan, ¡Y no pararé hasta llegar al final que me he propuesto! No contaba con que fueras a morirte ahora... ¡Madre! ¿Mc oyes? ¡Madre!

No.

No le oía.

Porque Liliana acababa de expirar.

—Debería viajar hasta el interior de tu estado para explicarte mi.,. ¡No! ¡No! ¿Para qué? Tampoco lo entenderías. ¡Madre! —tomó una de las apergaminadas manos de la anciana—. ¡Yo te quería! ¡Te quiero! ¡Y lo estoy haciendo por ti! ¡Lo haré por ti! ¡Seguiré viajando al interior de la muerte hasta que mi venganza..., tu venganza, se haya cumplido!

Y cayó sobre la anciana abrazándola con loco histerismo, con patéticas crispaciones, inyectados los ojos en sangre...

Con expresión demente.

CAPÍTULO 4

Craig siguió con la mirada el contoneo de las rotundidades posteriores de Verónica hasta que su cuerpo quedó engullido por la portezuela de la escotilla.

Regresó al camarote.

Stevens era un tipo poco reflexivo. Nunca le había gustado perder el tiempo en cábalas, teorías, hipótesis o composiciones de lugar.

Iba al grano. A lo práctico.

Era la antítesis, por poner un ejemplo, de la imagen que televisión había dado del *private eye* a través de la personalidad de Nero Wolfe.

Lo que rezaba en el cartel situado al principio de la escalerilla no era una genialidad, sino algo real y muy cierto.

Craig Stevens, por encima de todo, era hombre de acción. Eso, a veces, comportaba serios y graves problemas, pero, en la mayoría de las ocasiones, era el único camino hacia los grandes éxitos.

Temperamental y vehemente como pocos. Pero con inteligencia, eso sí. Y bastante afortunado, también, que todo hay que decirlo. Dicen que la suerte es de quien la busca... y Craig había tenido la ídem de encontrarla y de tenerla por aliada casi siempre. De ahí, que uniendo y reuniendo todos aquellos factores, hubiese obtenido en el terreno profesional cotas más álgidas y relevantes que las asumidas en el campo profesional.

Y ya que hablamos de eso y establecemos comparaciones, Stevens opinaba que era más fácil —para él, se entiende— conseguir que una mujer se le entregase que desarmar a un asesino.

Otro factor determinante del *sui géneris* y *modus operandi* de Craig Stevens se encontraba en el hecho de que económicamente no dependía de su trabajo. Tenía las finanzas saneadas porque su padre le había legado pasta que él supo mover con acierto y fortuna.

Una de las muchas excentricidades, o no, ¡vayamos a saber!, era la de vivir en el *Liberty* siendo propietario de un amplio y magnífico apartamento en Staten Island, por el que se dejaba caer muy de tarde en tarde.

Quizá viviendo en el yate sentíase más libre e independiente. Se había vestido ya.

—No hay nada que pensar —musitó para sí, camino de cubierta—. No se puede pensar nada cuando hay por medio muertos que resucitan y dicen y cometen barbaridades.

Le había dado una ojeada al mapa de la ciudad para saber, por medio de la

ubicación del Memorial Hospital a qué comisaría se le asignaba el caso. Sabiéndolo, iba sobre seguro. Además, en el precinto policial al que correspondía aquella jurisdicción, tenía, digamos, un amigo: Telly Brown, teniente de Homicidios. Seguro que el propio Brown estaba al frente de aquella investigación. Al menos, por tradición, los mochuelos solían cargárselos a él. Y a un asunto de resucitados asesinos... ¡era un buen mochuelo!

Se dirigió al parking donde tenía estacionado su Jaguar biplaza y puso rumbo al sur de Manhattan.

Entró en la comisaría con familiaridad y un agente uniformado exclamó al verle:

—¡Eh, Perry Mason! ¿Qué te trae por esta casa? Craig ladeó la cabeza.

—¡Tío! ¿Qué haces tú por aquí? ¿No andabas patrullando por las calles?

—Eso era antes, pesquisa. Mc han ascendido a ordenanza.

—¡Enhorabuena, chaval! Y que lo disfrutes con salud, ¿eh? ¿Anda por ahí adentro «tu» teniente Brown?

—Sí, pero muy ocupado.

—Gracias, jefe del servicio de inteligencia. ¡Abur!

Pasó a las dependencias interiores, serpenteando entre las mesas de los fieles servidores de la Ley y el orden. Estaban como en las películas: en mangas de camisa, correaje al descubierto y exhibiendo el pistolón.

—¡Qué originales! —masculló entre dientes.

En la parte superior de la puerta, cristal biselado, se leía en negro: TELLY BROWN, TENIENTE. BRIGADA DE HOMICIDIOS.

La empujó.

—Buenos días, genio. Atareado, ¿eh?

Telly era pelirrojo, con la cara llena de pecas, fortote de constitución y se traía a cuestas unos treinta y cinco años.

—¡Vaya, hombre! El que faltaba.

—Llevábamos tiempo sin vemos, teniente.

—¡Y más que deberíamos llevar! ¿A qué debo el honor de tu grata?

—Me ha dicho un pajarito que en el Memorial los cadáveres les rebanan el gaznate a los forenses.

—¡Cómo corren las noticias! ¿Quieres un café, detective?

Se dejó caer en la silla que había frente a la mesa ocupada por Brown.

—Sí quiero. En la riqueza y en la pobreza, en la salud y en la enfermedad...

—Es de admirar que siempre tengas ganas de coña —dijo el pelirrojo.

Y tras tomar dos vasos de plástico los llenó con el contenido de la cafetera que hervía sobre un infiernillo. Le pasó uno a Craig.

—Gracias. Y ahora, ¿podemos hablar con seriedad del asunto?

—Yo siempre hablo con seriedad, grandullón. ¿Por qué?, si puedo saberlo.

—Porque estoy llevando a cabo unas averiguaciones que tienen línea tangencial con lo del resucitado.

—¿Qué averiguaciones?

—Secreto *sub judice,* teniente. Quien me paga no quiere que su nombre salga a la palestra y menos relacionado con un hecho tan confuso y escalofriante. ¿Cuál es tu versión del caso?

—No veo que nada me obligue a informarte.

—Estás en lo cierto, pelirrojo. Pero quedaremos a la recíproca. Si yo averiguo algo me lo guardaré en el bolsillo y asunto concluido

—Los muertos no se levantan de las mesas de autopsia, Craig.

—*Okay.* ¿Entonces?

—Sólo tengo un sospechoso, el enfermero que nos dio la inverosímil explicación.

—Demasiado fácil —objetó el detective—. ¿Qué razones podía tener ese tipo para cargarse al forense?

—Aparentemente, ninguna. Pero las debe tener, supongo. Para eso lo he sometido a vigilancia, para descubrirlo.

—¿No se te ha ocurrido pensar que pudo intervenir una tercera persona?

—Sí —cabeceó el pelirrojo apurando el café—. Dime quién, de todas maneras.

—En ese hospital trabaja mucha gente. Puede existir ese alguien que tuviese algo contra Goteen. Se llamaba Cotten el forense, ¿no?

—No te hagas el loco, que sabes de sobras cómo se llamaba.

—¡Y el enfermero?

Telly Brown hizo un gesto significativo.

—¿Por qué no me preguntas de un tirón todo lo que quieres saber? ¿Eh? Se llamaba Alan Riegel. Y vive en el 207 de la 85 Street, Bay Ridge, Brooklyn. ¿Satisfecho?

—Hombre... —se encogió de hombros—, si es todo cuanto puedes decirme, ¿qué remedio? ¡Satisfechísimo!

—Es todo —dijo el policía con sinceridad y abatimiento Añadiendo—: No tengo ni puñetera idea de cómo funciona este invento, ¡palabra, Craig! Estoy pendiente de varios informes, del resultado de algunos interrogatorios al personal de la institución y de una charla con el director, punto que me parece importante, pero su hijo ha muerto y... —se quedó en silencio y mirando muy fijamente al detective, hasta exclamar—: ¡Eh, pesquisa, oye...! ¿Tú no tenías que ver con una nena llamada Verónica Logan? ¡Ah, ya empiezo a entender!

—Nones, tío. Te equivocas de dirección. Hace tiempo que no tengo el menor contacto con Verónica.

—No te creo, Craig.

—Es tu problema, policía —se puso en pie y agitó la diestra en el aire—. Se agradece el café... y la información.

—¡Craig! Di al menos que si averiguas algo me lo comunicarás.

—Lo digo al menos.

Y se largó de la comisaría con un pírrico bagaje informativo. Encogiéndose de hombros.

—Menos da una piedra —se dijo. Y mirando al ordenanza al cruzar el vestíbulo, saludó—: ¡Que te sea leve, superintendente de recepción!

—¡Muérete, cabrito! —exclamó el otro, a sabiendas de que el detective ya no le oía. El siguiente paso le llevó a Greenwich Village.

A las seis de la mañana el barrio bohemio de Nueva York estaba desierto, en silencio, y sus tiendas, en buena parte de antigüedades, cerradas. Stevens se plantó frente a la ubicada en el 7 de Bethume Street.

—¿Por qué dormirás tanto, Nora?

El portal del edificio adyacente estaba abierto, entre otras razones, porque no tenía cerrada. Entró, caminando por un pasillo que ofrecía tinieblas taladradas ya por las luces *in crescendo* de la alborotada y sacando un llavero de piel seleccionó el llavín que abría la última puerta de la izquierda del pasillo. Detrás de aquélla se encontraba la trastienda del negocio de antigüedades propiedad de Nora Thiess.

Ella decía que su madre era china y por eso le había dejado en herencia aquel bazar.

—Nunca he creído que eso fuera verdad —murmuró Craig tras abrir y cerrar la puerta. Accionó el conmutador de la luz... y ésta se hizo.

Nora no era una chica ordenada a juzgar por como tenía su intimidad. Una media por aquí, los zapatos tirados de cualquier manera, el sostén colgando de la falleba de una ventana, las bragas por los suelos, y así, sucesivamente.

Estaba dormida encima de un colchón que entre él y el suelo sólo tenía

cajas de madera vacías.

Craig se acercó a la cabecera para destapar a la bella durmiente del negocio de antigüedades empezando a hacerle cosquillas en el cuello.

Ella se estiró como una gatita runruneante.

—¡Uuuuuuh! Sólo puedes ser tú, perverso detective. ¡Craig! ¡Craig...! Cariño, precioso mío. ¿Por qué no me dejas dormir? ¿Qué quieres a estas horas, eh? ¡Ah, ya, ya...!

—No, ya, ya... Tienes la mente embrutecida, princesa. Si asoma Craig es que busca juerga colchonera. Pues a ponerme bien... ¡No, querida, hoy no! ¿Te has olvidado de que a veces también colaboras conmigo profesionalmente?

Estalló un sonoro bostezo.

—¿Y eso... es bueno? —inquirió, medio adormilada todavía.

—Según se mire, linda. No todo va a ser malo, ¿verdad? La vida es bella, Nora, ¡bellísima! El cielo azul, las montañas de color marrón, los hombres puros, las mujeres golfas, los muertos se levantan para recitar poesías, la bolsa baja mientras otras cosas suben, Reagan en lugar de hacer películas de vaqueros es el presidente USA, el gobierno sigue siendo el mismo...

—¡Basta, Craig, basta! Sigues estando loco.

—Levántate y anda, muchacha.

—Estoy desnuda.

—Mejor para mí. Pero si te has de sentir más tranquila, prometo solamente no mirar.

—No eres capaz.

—Tienes razón, no lo soy. Miraré tus espléndidas desnudeces. ¡Arriba ya, pequeña!

—¿Por qué no te metes en la cama conmigo y me cuentas lo que sea?

—Porque la obligación no se puede mezclar con la devoción y menos entre sábanas, porque hay cosas que no se pueden contar en la cama... —y agregó, ominoso—: Te doy quince segundos para lucir tu despelote integral o de lo contrario llenaré una jarra con agua fría para vaciártela por encima.

Sabía que era verdad. Que lo haría.

Por eso salió del catre como una exhalación.

Desnuda.

—Estás como para meterse en la cama contigo.

—¡Pues anda, vamos! El cuerpo me pide ajetreo.

—A mí, no. Ven. Fue.

Craig acarició la flor y luego besó los pétalos.

—Confórmate.

—¡Qué remedio!

Se habían sentado alrededor de una mesa ratona que tenía encima un mantel adamascado.

—¿Dejas que me vista?

Nora era rubia, exuberante, de fuerte atractivo erótico y poderoso contenido sexual. Su carne transpiraba erotismo y su entorno geométrico era contundente.

—Luego.

—¡Aaah! ¿Lo vas a soltar ya?

—¿Sigues yendo a las misas negras?

—¡Oh, no, por favor! ¿Para eso me has despertado? ¡Claro que no! Ya te dije no hace mucho que sólo fui tres o cuatro veces por simple curiosidad.

El detective esbozó un rictus irónico.

—Afirmación cuestionable, pero la admito. Hay un tipo al que le va esa marcha. Se llama Terence Howard. Necesito localizarlo con urgencia. Te sugiero, pues, que empieces a mover las cachas, ¿de acuerdo?

—Dame pelos y señales, ¿no?

—Verás... —sonrió—, es que no quiero ponértelo fácil.

—¿No tienes ningún dato?

—Cabe la posibilidad de que esta mañana me faciliten su dirección, mas, si el tal Terence está inmerso en lo que se supone, apuesto que habrá abandonado esas señas. Y además, como me interesa ganar tiempo... ¡ponte en movimiento!

—¿Puedo saber en qué supones inmerso el tal Howard?

—Muertos que hablan, muertos que matan... quizá.

—No lo tomes a broma —dijo ella, repentinamente seria.

—¿Por...?

—Tuve ocasión de ser testigo de esa dase de experiencias en una de las misas negras a que asistí. Hay tipos que tienen un poder de concentración mental capaz de ahondar en la energía que durante un tiempo se mantiene viva en quienes médicamente están muertos.

—¿Y consiguen que los muertos se levanten y hablen? —arqueó las cejas,

socarrón.

—¡Si, lo consiguen! —Más que afirmación fue sentencia lo que hubo en labios de la exuberante Nora—. ¡Lo he visto con mis propios ojos!

—¿No se te ocurrió pensar que podía ser un magnífico montaje de satánica escenografía?

—¡Piensa lo que te dé la gana!

—Si tú lo dices. De todas formas, ¿recuerdas quién era el fulano que realizaba esa clase de experiencias?

—No. Sólo le vi en aquella ocasión.

—De paso que localizas a Howard, ¿podrías averiguar también eso?

—Lo veo difícil.

—Inténtalo, ¿eh?

Craig se alzó de la silla con ademán de largarse.

—¡Detective!

—¿Sí...?

—No puedo desatender el negocio.

—Puedes, lo sabes. Y debes. Hasta que encuentres a ese individuo y me brindes, en prueba de tu amor, su *curriculum vitae* completo. ¿De acuerdo?

—¡Está bien! —suspiró—. Lo tuyo es pura falocracia.

—¡Claro, hija! Las mujeres, mal que os pese y por muchos movimientos feministas de reivindicación que pongáis en marcha, en el fondo, fervientemente, deseáis la dictadura del falo. ¿Te has parado a pensar qué seríais sin eso?

—La verdad, no.

—No lo hagas porque tampoco lo comprenderías. Espero tus noticias, linda. Tus prontas noticias, ¿eh?

—*Okay.* Tú ganas. Como siempre, para variar.

—¡Adiós, Nora!

Media hora después, Craig Stevens, dinámico por excelencia, salía de su jaguar una vez estacionado éste en las proximidades de la 85 Street Bay Ridge en Brooklyn.

Se coló en la escalera señalada con el 207, echando una ojeada a los buzones del vestíbulo.

Sí, allí vivía. Alan Riegel. Piso sexto, puerta segunda.

Escaleras arriba hasta el sexto.

Justo entonces, alguien que salió de algún lugar, le metió el cañón de un revólver en la nuca.

—¡Arriba las zarpas, hermano!

Hizo como que obedecía. Pero cambió el ritmo de sus brazos y el codo derecho fue a estrellarse en el pecho del que tenía a la espalda mientras que el puño izquierdo, en revés fulminante al revolverse, se lo empotraba en la cara.

El de la pistola rebotó contra la barandilla de la escalera perdiendo el arma y un diente.

Craig iba a proseguir el castigo, pero al mirar al individuo se detuvo en seco.

—¡Vaya, me he colado! Tú eres uno de los hombres de Brown, ¿no? Se limpiaba la sangre que manaba de la boca.
—¡Esto le costará caro, pesquisa!

—Da gracias a Dios de que no te haya partido la cara, subnormal. ¿Crees que el hecho de ser policía te autoriza a ir por el mundo dando sustos con el revólver?

Y se desentendió de él como si no hubiese ocurrido nada para avanzar hasta la puerta situada bajo el número 2 y oprimir el zumbador.

Tardaron en contestarle. El inquilino lo hizo a través de la hoja de madera, preguntando con voz insegura:

—¿Quién...? ¿Quién es?

—Me llamo Craig Stevens y soy detective privado. Quiero hacerle unas preguntas, Riegel. ¿Me abre?

—No. No tengo nada que decirle.

—¡Por favor, hombre, no me obligue a ser violento! Si se mantiene en esa postura le doy mi palabra de que salto la puerta. ¿Abre o no, Riegel?

—¡Un momento! ¡Espere...! ¡Espere, se lo ruego!
Se escuchó el descorrer de un cerrojo y el chasquido del pasador de la cerradura. Abrió un hombre evidentemente asustado con expresión temerosa, cuya mirada captó por detrás del detective al policía que seguía limpiándose la sangre que aún brotaba de sus labios.

—Y él... ¿quién es?

—Un celoso funcionario de la justicia al que han encargado velar su sueño, Riegel.

¿Puedo pasar? Se hizo a un lado.

—Entre...

El enfermero, muy poca cosa físicamente, que hacía gala y casi ostentación de una tremenda y visible inestabilidad emocional, le precedió hasta el comedor.

En aquella casa existía el desorden y anarquía dimanantes de la falta sincronizadora de una mano femenina.

—Esto... siéntese.

—No hace falta, Riegel. Procuraré ser breve y no molestarle demasiado. Mc hago cargo de su estado de ánimo.

—Parece usted una buena persona, señor... Ha dicho Stevens, ¿no?—habló el enfermero como deseando tranquilizarse.

—Si. Aunque a veces me empeño en disimularlo.

—¿Sobre qué desea preguntarme?

—¿Hace falta que se lo diga? —le devolvió Craig el interrogante.

—Supongo que no, claro. Pero ya le he dicho a la policía todo lo que sé.

—Yo no soy la policía, Riegel. Ellos, a veces, inspiran poca confianza. ¿Qué ocurrió exactamente en la sala de autopsias del Memorial?

En un arrebato se llevó las manos a la cara.

—¡No me obligue a recordarlo!

Craig se humanizó. Quizá porque, en el fondo, aquel pobre hombre le daba pena. Dijo:

—A ver si se lo hago más fácil; usted ha visto cómo un muerto agredía al doctor Cotten...

—¡Le destrozaba la garganta con un bisturí! ¡Lo he visto, sí! Aunque nadie me crea, ¡ésa es la verdad!

—Yo le creo, Alan. Le doy mi palabra. Creo que usted ha visto exactamente... *eso.* Pero procure desterrar esa visión y dígame... ¿había alguien más en la sala de autopsias?

—¡No..., no! La policía me ha preguntado lo mismo. Sólo estaban la muerta y el doctor Cotten. Y ella... ¡oh, no, por Dios!

—¿Observó algo extraño en la conducta del forense ayer por la noche?

Negó con la cabeza.

—No. Nada.

—¿Le vio hablar con alguien... discutir o enfadarse con alguien?

—Al llegar, Cotten estaba en el pasillo hablando con Malcolm Lester,

cirujano del hospital. Les vi a los dos... con la cordialidad de siempre. Todo el mundo en el Memorial estaba conmocionado por la repentina muerte del hijo del director... y aunque no escuché lo que ellos hablaban, supuse que estaban comentando el triste suceso. Que yo sepa, Cotton no habló con nadie más. Al despedirse de Lester se fue directamente a la Morgue.

—¿Tenía enemigos Cotten?

—¡No! Era una persona excelente.

—Bien, Riegel, gracias —extrajo una tarjeta de su billetero y la depositó encima de la mesa, añadiendo—: Aquí tiene mi teléfono... por si recuerda algo que pueda ser de interés, algo que no le haya dicho a la policía ni a mí en este momento.

—¡Le juro que no hay nada más!

—Y yo sigo creyéndolo, Alan. Pero a veces, el nerviosismo obstruye el proceso de la memoria. Procure descansar y si de pronto se acuerda de algo nuevo, me llama. ¿Lo hará?

—Bueno... esto... ya le he dicho... ¡lo haré, sí! En el caso de que me haya olvidado de algo, le telefoneare.

—Procure descansar, Riegel. Imagino que lo necesita.

Cuando salió del domicilio del enfermero el policía sangrante había desaparecido del rellano.

Bajó las escaleras ágilmente dirigiéndose al punto donde dejara estacionado su auto y tras meterse al volante salió raudo del lugar.

El semáforo en rojo le obligó a detenerse en la confluencia de la Eighth Avenue y la West 23 Street. Allí, justo en el cruce, un chaval con gorra de jockey, vociferaba, frenético:

—¡Extra, extra, lean el *Herald Tribune*, con la exclusiva del muerto que mata!

¡Extra, extra..., ha resucitado un cadáver! ¡Lean el...!

—¡Eh, muchacho! —exclamó Craig, sacando la cabeza por la ventanilla—. ¡Trae uno!

—¡Al punto, jefe! —y se acercó velozmente con el periódico extendido.

Al salir del semáforo, Stevens se hizo a la izquierda para detenerse, momentáneamente, en la primera esquina. Extendió la edición matutina del *New York Herald Tribune y* no le hizo falta buscar la noticia porque, obvio, en letras de molde y titulares de negrilla, se hallaba en primera plana.

Se habían despachado a gusto, desde luego.

—Los periodistas viven de esto, lógico —razonó. Y le echó una ojeada al artículo.

¡SENSACIONAL!

¡RESUCITA UN MUERTO!

UN CADÁVER ASESINA A -SU- FORENSE

Aunque, como siempre, la policía trate de meternos gato por liebre, lo cierto..., ¡lo terriblemente cierto!, es que en la sala de autopsias del Memorial Hospital ha tenido lugar la noche pasada un hecho verdaderamente escalofriante.

Según hemos podido saber de fuentes allegadas a esa entidad hospitalaria, dignas de todo crédito, cuando el forense Donald Cotten se disponía a efectuar la autopsia en el cuerpo sin vida de Moira Bolkan, ésta... *ha vuelto al mundo para cometer en la persona del médico un crimen tan estremecedor como increíble.* Valiéndose de un bisturí, ha destrozado bestial y sanguinariamente la garganta del médico por la que ha escapado gran cantidad de sangre a causa de los tajos y heridas, causando la muerte casi instantánea de Cotten.

Esto no es un hecho común y corriente, esto es algo que escapa a las fronteras de lo humano y la opinión pública exige de la policía una explicación coherente y verosímil, una explicación que permita a los ciudadanos salir de sus hogares sin el temor a verse asaltados y brutalmente despedazados por un cadáver sádico...

—Esos tíos son la pera —sonrió Stevens, doblando el periódico, disponiéndose a salir del provisional estacionamiento y pensando, pese a lodo, en lo confuso de aquel suceso.

Y de otro que todavía no era del dominio de la prensa. La momentánea vuelta a la vida de Lloyd Logan.

Quiso evitar las cábalas a las que por primera vez en su ya extensa trayectoria profesional se veía, instintivamente, abocado.

Un tipo como él estaba obligado a ser escéptico, pero...

Y las palabras de Nora vinieron a su memoria.

«Hay tipos que tienen un poder de concentración mental capaz de ahondar en la energía que durante un tiempo se mantiene viva en quienes médicamente están muertos.»

¡NO!

—¡Maldita sea! —mascullóー. Todo eso tiene una explicación

perfectamente racional y yo he de encontrarla.

Pero Craig Stevens, en lo más íntimo de su pensamiento, no estaba muy seguro de que fuera así.

¿Qué podía haber de racional en el *regreso* de un muerto?

CAPÍTULO 5

El neoyorquino cementerio de St. Raymond's, es una verdadera joya arquitectónica en su género.

En un rincón, oculto entre la espesa arboleda, se alza un crematorio que recuerda, por sus líneas, la arquitectura griega. Hay en la vecindad lagos y surtidores, grandes avenidas umbrías, y cuadros de césped y flores. Las urnas cinerarias son un motivo más en la decoración del magnífico parque. Columnas dóricas, jónicas o corintias las sirven de pedestales en floridas glorietas, en cenadores, en columnarios y en arriates, y abundan, en las ramas de los frondosos arbustos, las aves.

No está este cementerio destinado exclusivamente a los que han sido incinerados. El lugar descrito no constituye más que una sección del camposanto. Hay una parte mucho mayor donde se encuentran aquellos a quienes no ha querido calcinar la familia y reposan enterrados con su esqueleto completo o convertidos en polvo. Nada tiene que envidiar este sector al otro.

Son grandes sus avenidas, exuberantes sus árboles, floridos sus arriates, espesos y bien cuidados sus setos. De las sepulturas modestas y los monumentales mausoleos sólo se obtienen fugaces visiones que nunca resultan notas discordantes en el paisaje. Y es el cementerio todo lugar tan encantador —y valga la macabra paradoja—, tan agradable, que son muchos los que a él acuden para pasar los ratos de ocio, paseándose.

El afán de los constructores de aquel recinto póstumo parece haber sido el de esconder —en la medida de lo posible, naturalmente— su condición de última morada. Por eso, en lugar de la consabida tapia, lo circunda una artística verja que acentúa su aspecto de parque.

El embalsamado ambiente que en su interior y aledaños se respira, apacigua los ánimos, llena de sosiego el espíritu, invita a la meditación y hace imposible, al decir de la gente, todo pensamiento que no sea de amor y de paz.

Al decir de la gente, claro.

Porque cuando se está enterrando a un hijo de dieciocho años, los pensamientos son más bien turbulentos.

Máxime, si en el cerebro de todos y cada uno no está presente, muy presente, que aquel joven cadáver ha prometido... *volver.*

—... Yo soy la resurrección y la vida, dice el Señor. Quien cree en mí, vivirá. El que cree en mí, no morirá para siempre —y con estas palabras, Jürgen Gronemeyer, sacerdote católico, director espiritual y confesor de la familia Logan, cerró la Biblia que sostenía entre los dedos de la diestra c inclinó la cabeza, manteniéndose en silencio durante un espacio de tiempo que

pareció aumentar la tensión de cuantos se congregaban alrededor de la abierta sepultura.

De los que tenían las miradas fijas en el ataúd de caoba sobre el que pronto caería la tierra.

Verónica Logan, apretándose contra el flanco de Craig, deslizó una hoja de papel en uno de los bolsillos de la deportiva chaqueta.

—He dado con el domicilio de Howard y el teléfono —susurró al oído del detective, añadiendo—: También te he anotado las señas de los doctores que estaban esta noche en casa cuando...

—Supongo que están ahora aquí, ¿verdad? —la atajó Stevens.

—Sí, claro. Los tienes delante tuyo. Al otro lado de la sepultura en primera fila.

—Indícamelos.

—El de la americana de gales con coderas de ante es Malcolm Lester. El que se halla a su derecha vestido de negro es el subdirector del Memorial, Gregory Nelligan y el tercero, más bajito y calvo es Jack McNee, neurocirujano.

—Tienen cara de buenas personas —comentó el investigador en tono quedo.

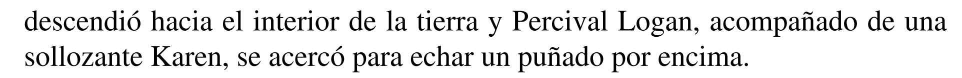
—¿Qué esperabas entonces? —se extrañó la hermosa mujer.

—Nada, nada. ¿Se ha producido algún otro suceso?

—¡Por Dios...! No.

—Me parece absurdo, en este momento —intervino de nuevo la voz quebrada del reverendo Gronemeyer—, cuando estáis dando el último adiós a vuestro hijo, a vuestro hermano y a vuestro amigo, abrumaros con sermones. Sois humanos y es lógico que ahora no estéis en situación de comprender ni razonar. A mí, también se me antoja extraño que un muchacho joven, lleno de vida, se nos vaya así... sin saber el cómo ni el porqué. Pero existe Alguien que sí conoce esas razones. Y sólo estando más cerca de Él que nunca, sólo aceptando la infalibilidad de sus designios admitiremos esta realidad que no es para mal, aunque así lo parezca ahora. Recordad las palabras del Señor: «El que cree en mí, no morirá para siempre —alzó los ojos para clavarlos en la hundida figura de Percival, concluyendo—: Señor Logan, señora, Verónica, Faye, Harry... y demás amigos que habéis acudido aquí para testimoniar vuestro afecto sincero a esta familia por el dolor, a todos, os acompaño en vuestro sentimiento.

Los funcionarios del cementerio se movieron alrededor del ataúd trasladándolo a la fosa. Poco a poco, el rectángulo de brillante caoba


descendió hacia el interior de la tierra y Percival Logan, acompañado de una sollozante Karen, se acercó para echar un puñado por encima.

—Descansa en paz, hijo.

Fueron desfilando. El duelo empezó a despedirse.

En aquel instante un hombre vestido con traje de faena, mono azul y gorra con visera, se situó junto a Percival, diciendo:

—Señor Logan, soy Herman Prost, el marmolista.

—Sí... —musitó el cabeza de familia como un rezo—. ¿Dígame?

—A última hora de esta tarde tendremos lista la lápida y ya mañana podremos colocarla. Hemos ido lo más rápido posible, pero...

—Está bien, Prost. Se lo agradezco.

—Acepte mis condolencias, señor Logan.

—Gracias.

Y se tocó la visera de la gorra, descubriéndose al pasar frente al féretro a guisa de saludo póstumo. Seguidamente se alejó del lugar.

Craig Stevens cumplió también con el ineludible trámite social de presentar su pésame a la familia, apartándose a continuación del grupo que rodeaba la fosa, acompañado de Verónica.

—¿Tienes alguna idea concreta, Craig?

—Pequeña..., apenas si le he tomado el pulso al asunto. Pero sigo pensando que existe una explicación.

—Yo cada vez estoy menos segura de eso. Además, debo confesarte que tengo verdadero pánico.

—¿Por qué? —inquirió él, acariciando tiernamente, con disimulo, los largos y sedosos cabellos de la muchacha.

—Por las palabras de Lloyd.

—Pienso... —dudó unos instantes—, pienso que habéis sido víctimas de un maquiavelismo hipnótico colectivo, Verónica. La hipótesis que apuntabas esta madrugada sobre alguien que os quiere perjudicar... o que quiere perjudicar a tu padre más concretamente, es verosímil. No existe otra con mayor lógica y sentido común. Aceptémosla de momento para sustraernos a hechos sobrenaturales o diabólicos, ¿de acuerdo? Procura serenarte y mantener la calma.

—Eso es fácil de decir, Craig.

—Lo sé, lo sé. Pero no tienes otra opción, piénsalo. Haré lo imposible por llegar cuanto antes al final. Cuando se produzca la menor noticia te llamaré

para calmarte, ¿vale?

—Está bien —asintió ella, no muy convencida.

—De todas formas —agregó Stevens—, si mañana no hay novedad, te llamaré igualmente por la tarde y nos veremos. ¿Te parece bien?

—Sí, claro que sí... Adiós, Craig, tengo que volver con los míos. La golpeó suave en la mejilla.

—Ten calma, pequeña..., y tranquila, ¿eh? Yo resolveré este asunto. Y la vio alejarse con aquellos sus contoneos gráciles.

Stevens se fue hacia atrás agitando la diestra en el aire y cuando la vio integrarse al grupo familiar, giró, dirigiéndose hacia la salida del camposanto.

Un par de minutos después se colocaba dentro del Jaguar. Quedaba mucho por hacer.

Prácticamente... todo.

Le dio un vistazo a la hoja de papel que Verónica había introducido en el bolsillo de su chaqueta.

Estaba escrita en letra de imprenta con rasgos que denotaban un evidente nerviosismo.

Estos eran los datos anotados:

> TERENCE HOWARD: 807 de Junction Boulevard, Jackson Heigths, Bronx. Tel. BA 4-4119.
>
> MALCOLM LESTER: Douglas Road 115, Emerson Hill, Staten Island.

—¡Vaya! —exclamó, interrumpiendo la lectura—. Las señas de Lester quedan cerca de mi apartamento.

Y siguió:

> GREGORY NELLIGAN: 78 de Voorhies Avenue, Sheepshead Bay, Brooklyn.
>
> JACK A. McNEE: Famers Boulevard 1.234, Springfield Gardens, Queens. Tel. WE-3-3I00.

Guardando de nuevo la hoja en el bolsillo, Stevens pensó que sería obligado mantener un cambio de impresiones con cada uno de aquellos individuos.

De todas formas, lo primero era encontrar una cabina telefónica.

Dio con ella como medio kilómetro abajo por la carretera que desde el St. Raymond's Cementery se integraba por Cross Expressway al corazón del Bronx.

Pidió a la operadora que le conectase con el BA-4-4119.

—Lo tiene al habla —dijo la telefonista.

Y otra voz femenina, por debajo de la anterior, preguntaba:

—¿Sí...? ¡Dígame!

—¿Está el señor Howard en casa? —inquirió a su vez Craig.

—¿Por quién pregunta? Es que no le oigo bien...

—Pregunto por el señor Terence Howard...

—Ya no vive aquí —le respondieron.

—¿Sabe si hace mucho que se mudó?

Una breve duda en el otro extremo del cable con sus segundos en suspenso.

—Pues... como un mes y medio o así, calculo. Porque yo hace treinta días que ocupo el apartamento y el tal señor Howard ya hacía unas fechas que se había marchado.

—¿Tiene idea de su nueva dirección o teléfono?

—No, lo siento. No tengo la menor idea.

—Vale, gracias. Ha sido muy amable, señorita.

—Eso ya lo había anticipado yo. La posible culpabilidad o colaboración de Howard en este escabroso asunto empieza a tomar forma. Era de esperar...

Regresó al auto y enfiló el camino de Playland Pier.

Le apetecía tomarse una cervecita fresca contemplando el mar.

Como media hora después estaba tendido en una hamaca a proa del *Liberty,* con un bote helado que transpiraba gotitas de agua y contenía una refrescante cerveza.

A los pies de la hamaca se encontraba el supletorio telefónico para el que tenía varias conexiones en la propia cubierta del yate.

Renunció a pensar.

Seguía invariable su opinión respecto a la importancia, a veces incluso negativa, de las cábalas, teorías e hipótesis que, dimanantes o no de los hechos, pudieran formarse en el curso de una investigación.

Su reloj señalaba las 13 horas y 17 minutos, *post meridiam,* cuando el campanilleo del teléfono estalló contra los oídos turbando aquel suave sueñecillo que le había vencido en los últimos instantes.

Con la puntera del zapato -picó» el auricular para elevarlo en el aire y atraparlo, al vuelo, con la diestra.

—¿Eres tú, Nora?

—Soy yo, pesquisa —largó ella al otro extremo, con apagada ironía—. Tu más humilde esclava. ¡Uf!, tengo los pies deshechos.
—¿Te has vendido aquella lata con ruedas que tenías?

—¡Ja, ja, ja! —rió ella, burlándose—. ¡Pero qué gracioso eres!

—¿Novedades...?

—No sé si te servirá... ¡Oye!, a propósito, ¿te han dado las señas de Howard?

—Como si no me las hubieran dado. He comprobado que ya no vive en ellas.

—Sí. Ya lo habías avanzado. Por mi parte estoy en ello, pero no es fácil.

—¿Cuál es la novedad, Nora?

—¡Ah, sí, se me olvidaba! —exclamó la vendedora de antigüedades y detective aficionada—. Ha sido prácticamente una casualidad. ¿Recuerdas el tipo que te dije que tenía... poderes?

—Recuerdo. ¿Y...?

—Se llama Barry Dowell y reside en un... manicomio o algo parecido.

—¿Tienes la dirección?

—Anota... N. Y. State Mental Hygiene, Layton Avenue 49, New Brighton, Richmond. Al parecer, se ha puesto como una cabra.

—Déjate de conjeturas y espabila con lo de Terence Howard. ¡Me urge, prenda!

—*Okay.* ¿Dónde puedo localizarte si tengo noticias?

—Las tengas o no, me llamas a las nueve de la noche al Embassay Snack. Supongo que sabes el teléfono, ¿no?

—Supones bien. *Ciao!*

Escuchó el clic que indicaba que Nora daba por finalizada la conversación.

Saltó de la hamaca pensando en girar una inmediata visita al establecimiento psiquiátrico donde se hallaba recluido el tal Dowell.

Antes, se imponía tomar un bocado.

CAPÍTULO 6

La enfermera que se encontraba tras el mostrador de recepción, una vez le hubo anunciado el motivo de su presencia, objetó:

—Veo difícil que pueda entrevistarse con Barry Dowell.

—¿Por qué? —quiso saber Craig.

—Su estado psíquico no es el idóneo para mantener una conversación coherente. Tenga la amabilidad de aguardar un momento, ¿señor...?

—Stevens. Craig Stevens.

—Bien. Consultaré con el director.

Regresó, pasados cinco minutos, anunciando:
—El doctor Jones le recibirá. ¿Quiere seguirme?

—Sí —cabeceó—. Gracias.

La enfermera, era fácil adivinarlo, no llevaba nada bajo la bata blanca. Mejor dicho: no llevaba nada. Sus nalgas, ampulosas y excitantes, estrellándose obsesivamente contra la tela, giraban, giraban... encandilando por unos momentos el incorregible detective.

Al doblar el recodo del pasillo por el que avanzaban, ella se detuvo en seco. Craig, que le pisaba los talones, impactó contra aquel par de senos belicosos, que subían y bajaban excitadamente... porque la chica se había revuelto.

Con intención de que el contacto se produjera, ¡por supuesto! Se colgó del cuello y lo besó en la boca con avidez y largueza Así, por la cara. ¡Y es que hay cada una, que ya está bien!

—Deseo estar con un tipo como tú —suspiró, agitada, tras la inesperada y voraz efusión.
—Me halagas.

—¡Estás...! —hizo rechinar los dientes—. ¡La tira de bueno! A las siete termino mi turno, Sandokán.

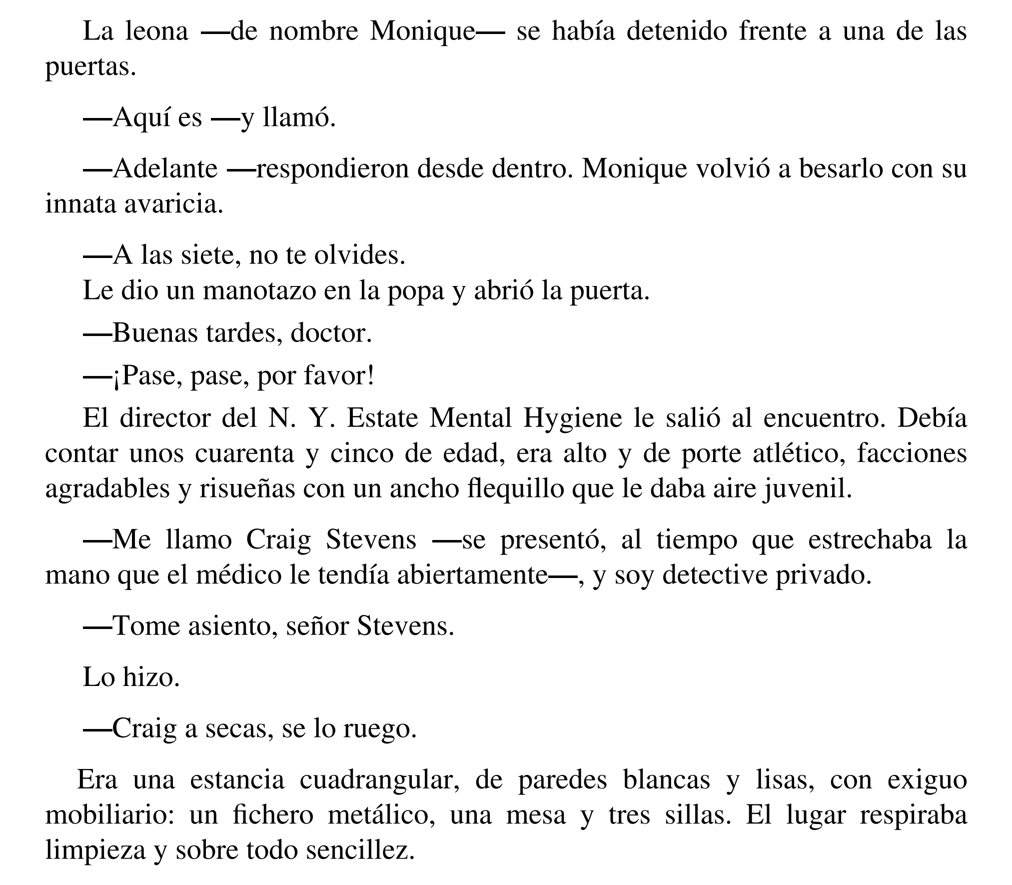
—Vendré por ti, leona —mintió, consciente de que las mentiras piadosas eran auténticas obras de caridad.

—Me llamo Monique.

—Eres precisamente lo que estaba necesitando, Monique —mintió por segunda vez consecutiva. Y la estimuló—: ¡Vamos a pasarlo de fábula!

—Me vuelvo loca al pensarlo. En la cama... ¡te lo debes montar divino!

—No te lo puedes ni imaginar, leona.



La leona —de nombre Monique— se había detenido frente a una de las puertas.

—Aquí es —y llamó.

—Adelante —respondieron desde dentro. Monique volvió a besarlo con su innata avaricia.

—A las siete, no te olvides.

Le dio un manotazo en la popa y abrió la puerta.

—Buenas tardes, doctor.

—¡Pase, pase, por favor!

El director del N. Y. Estate Mental Hygiene le salió al encuentro. Debía contar unos cuarenta y cinco de edad, era alto y de porte atlético, facciones agradables y risueñas con un ancho flequillo que le daba aire juvenil.

—Me llamo Craig Stevens —se presentó, al tiempo que estrechaba la mano que el médico le tendía abiertamente—, y soy detective privado.

—Tome asiento, señor Stevens.

Lo hizo.

—Craig a secas, se lo ruego.

Era una estancia cuadrangular, de paredes blancas y lisas, con exiguo mobiliario: un fichero metálico, una mesa y tres sillas. El lugar respiraba limpieza y sobre todo sencillez.

—Monique me ha dicho que desea usted hablar con Barry Dowell.

—Así es, doctor.

—Disculpe que pueda parecer entrometido, pero... necesito saber por qué. Stevens se removió inquieto.

—Estoy investigando un asunto y para su esclarecimiento me veo en la obligación de... digamos interrogar a su paciente.

Prácticamente y muy a conciencia, Craig no había aclarado nada.

—¿Sobre...? —insistió el director del centro psiquiátrico.

—He sabido que Dowell tiene... o tenía ciertos poderes. Querría que él me explicase para qué los utilizaba.

—Veo que no quiere ser muy explícito —sonrió el médico. Apresurándose a añadir—: Y no le censuro por ello, ¡desde luego! Le concederé un margen de cinco minutos. Dudo que pueda mantener un diálogo conexo con él, eso sí.

—¿Cuál es el problema de Dowell?

—Esquizofrenia irreversible. Pero existen, además, otras disfunciones del cerebro. Todo ello, al parecer, deriva del abuso de esos poderes a que usted

acaba de aludir. Aunque yo no los llamaría así. Hoy existe una tremenda afición por calificar de esta manera lo que simplemente es una mayor condición del intelecto. Hay hombres altos y hombres bajos, ¿no? Pues también los hay con mayor o menor capacidad intelectual. Bien... —volvió a sonreír—, no quiero hacerle perder su tiempo. Acompáñeme.

Salieron de la estancia y siempre precedido por el director del centro, Stevens tomó un ascensor, asomó a un nuevo pasillo al que daban varias puertas y luego de abierta por el enfermero de guardia una determinada, la que indicó concretamente Jones, éste dijo al detective:

—Dispone de esos cinco minutos, Craig.

—Gracias, doctor.

Entró y la puerta volvió a cerrarse, con llave, a su espalda. No había muebles en aquella estancia de paredes peladas. Sólo una cama metálica.

Y una ventana, amplia, sí, pero con rejas por la parte de afuera. Encima del lecho había un hombre tendido, en calzoncillos.

—Hola, Barry.

Sin mirarle, el individuo soltó un gruñido.

Craig, de perfil como estaba, lo observó. Debía contar unos sesenta años, más bien bajo, delgado, tenía mucho cabello para su edad, completamente blanco y ondulado.

Los ojos parecían azules y su expresión era vacía.

De súbito extendió la diestra en el aire y movió el índice, de forma alternativa, como si contara invisibles objetos.

—El tiempo sólo es algo en el espacio.

—¿Y los muertos? —largó Stevens, así, de improviso.

—La muerte es una estación transitoria. ¿Tienes tabaco, amigo? Craig lanzó hacia la cama su paquete de Winston.

—Puedes quedártelo.

Barry cogió la cajetilla y, cuidadosamente, seleccionó un pitillo. Con el en los labios, pidió:

—¿Fuego?

El detective se acercó hasta el lecho, inclinándose, para arrimar al cigarrillo la llama de su mechero.

Dowell lo arrapó por la muñeca.

—¿Te interesan los muertos?

—Los que pueden hablar, sí.

—Casi todos pueden. Los muertos no están muertos. ¿Por qué te interesan?

—Porque hablan. Y eso me fascina. Me han asegurado que tú hablabas con ellos.

—Te han dicho la verdad —dijo, impávido, soltando espirales de humo.

—Pero no con todos, ¿cierto?

—Con los que tienen incólume el aparato psíquico. ¡Ahí está la fuerza! ¡En la mente! Y la mente no muere en seguida. ¡Mantiene su energía! Y cuando se hace reaccionar esa energía y se estimula el aura, los muertos dejan de estarlo.

—Debe ser apasionante.

—¿ Tiene un dólar?

—¿Para qué lo quiere? —inquirió Craig, un tanto desconcertado.

—Para comprar el periódico.

—¡Ah, ya! —Y le tendió un billete de cinco—. ¿Has conocido alguien que pudiera hacer lo mismo que tú, Dowell?

Ladeó la cabeza mirando al detective con expresión ausente.

—¡Satanás!

—Y aparte de él, ¿quién?

—¿Por qué me haces tantas preguntas? ¿Eh?

—Soy muy curioso. Sé que existe otro hombre...

—Sí. Yo desarrolle sus poderes. Per... esta gente no me cree, ¿sabes? —gritó de repente—: ¡SON UNOS IMBEEEEECILES!

—No me cabe la menor duda —Craig se sentía incómodo, pero sabía que de aquella extraña conversación podía salir un importante rayo de luz—. Y ese... ¿fue un buen alumno?

—¿Quien...?

—El que gracias a ti puede dialogar con los muertos, darles vida...

—¡JA, JA, JA, JA...! —estalló, de pronto, en espeluznante carcajada—. Escás hablando del «doctor»... —le dio a la palabra «doctor» un extraño matiz —, ¡ah, el «doctor»! ¿Ya ha conseguido triunfar en alguna experiencia?

—No lo sé, Dowell. Esperaba que tú me lo dijeras.

—Se lo advertí: «utiliza los cadáveres antes de la autopsia, luego, no te servirán de nada» —y soltando otra carcajada estridente, dijo—: Tengo que comprar unas acciones petrolíferas... —le miró con aquellas pupilas estrábicas, vacías—; ¿estás al corriente de la boda?

—¿Te acuerdas del nombre del «doctor»?

—¡Mierda! —estalló—. ¿Por qué no te vas a la mierda? ¡El «doctor», el «doctor»...! ¡Ya estoy harto de doctores! ¡Están locos! ¡Todos los doctores están locos! ¡Vete a la mierda! ¡Tú y ellos! ¡FUERA! ¡FUERAAAAA DE AQUÍ!

Se había congestionado y sus ojos, ahora más rojos que azules, estaban rodando al borde de las órbitas y daban la sensación de que se iban a caer fuera de un momento a otro. Justo en aquel momento se abrió la puerta y asomó el enfermero.

—Por favor... —le rogó—, tiene usted que marcharse.

—Sí —Craig giró la cabeza—. Entiendo.

Ya en la planta baja se las ingenió para dar con la salida de emergencia evitando, así, tropezarse de nuevo con la hambrienta y explosiva Monique.

Media hora después detenía el coche frente a la comisaría sur de Manhattan.

Entró, dirigiéndose con premura hacia el despacho de Brown. Su amigo el superintendente de recepción ya había sido relevado y el que estaba en su lugar se limitó a responder, lacónico:

—Buenas tardes —y cuando se percató de que el desconocido (para el) se perdía adentro, gritó—: ¡Eh, oiga...! ¡Eh...! ¿Adónde...?

Craig ya se había colado en la oficina del pelirrojo.

—¡Hola!

—¿Es que no duermes nunca, pesquisa? —inquirió el teniente, alzando la testa de entre un montón de papeles que tenía entre las manos.

—Soy abstemio.
—Moralizante, sí. ¿Qué se te ofrece?

Stevens se dejó caer, sonoramente, en la silla.

—Estoy aquí para dejar constancia de que cumplo mi parte del trato. Telly aplaudió con fingido fervor soltando los papeles.

—¡Bravo, bravo! Así, que no hay novedades, ¿eh?

—¿Cómo lo sabes? —ironizó.

—Llámale intuición policial, si quieres —bromeó a su vez el policía.

—Acabo de charlar con un loco.

—Y eso, ¿reconforta?

—¡La tira, poli, la tira.

—¿Qué te ha dicho?

—Que existe un tipo capaz de cambiar impresiones con los muertos. ¿Cómo se te ha quedado el cuerpo? Telly, vamos a dejarnos de coñas, y... —le explicó punto por punto su entrevista con Barry Dowell, pero no el porqué y el cómo había llegado hasta él.

Brown, ahora, estaba serio. Con expresión sombría.

—¿Y no crees que por ese camino acabaremos todos locos?

—El fin justifica los medios, Telly. Necesitamos una explicación a lo sucedido en el Memorial, y hasta ahora no la tiene. Si para encontrarla hay que otorgarle un margen de confianza a la parapsicología y los poderes psíquicos, ¡se la otorgaremos y santas pascuas! ¡Telly!, a nosotros nos puede sonar irreal, pero no podemos tampoco negar su existencia. Hay que seguir ese camino.

—¿Cómo?

—Dowell me ha hablado de un «doctor» que debía aprovechar los muertos antes de que les hiciera la autopsia... Creo que está bastante claro, ¿no? Debes obtener lo antes posible un expediente completo, con datos profesionales, personales y antecedentes familiares inclusive, de todo el personal facultativo del Memorial Hospital.

—¿Qué piensas exactamente, Craig?

—Que lo sucedido anoche en la sala de autopsias del hospital tiene una finalidad concreta: echar la opinión pública encima de Percival Logan, acabar con él, destruirle. Hay alguien que lo odia profundamente y ha puesto en marcha un juego diabólico...

—¿Por qué?

—Quizá en esos historiales encontremos la respuesta. El teniente, un tanto escéptico, se encogió de hombros.

—Bueno, si tú lo dices.

—Lo dice la lógica, Telly. ¿Los tendrás mañana a primera hora?

—Procuraré.

Se alzó de la silla.

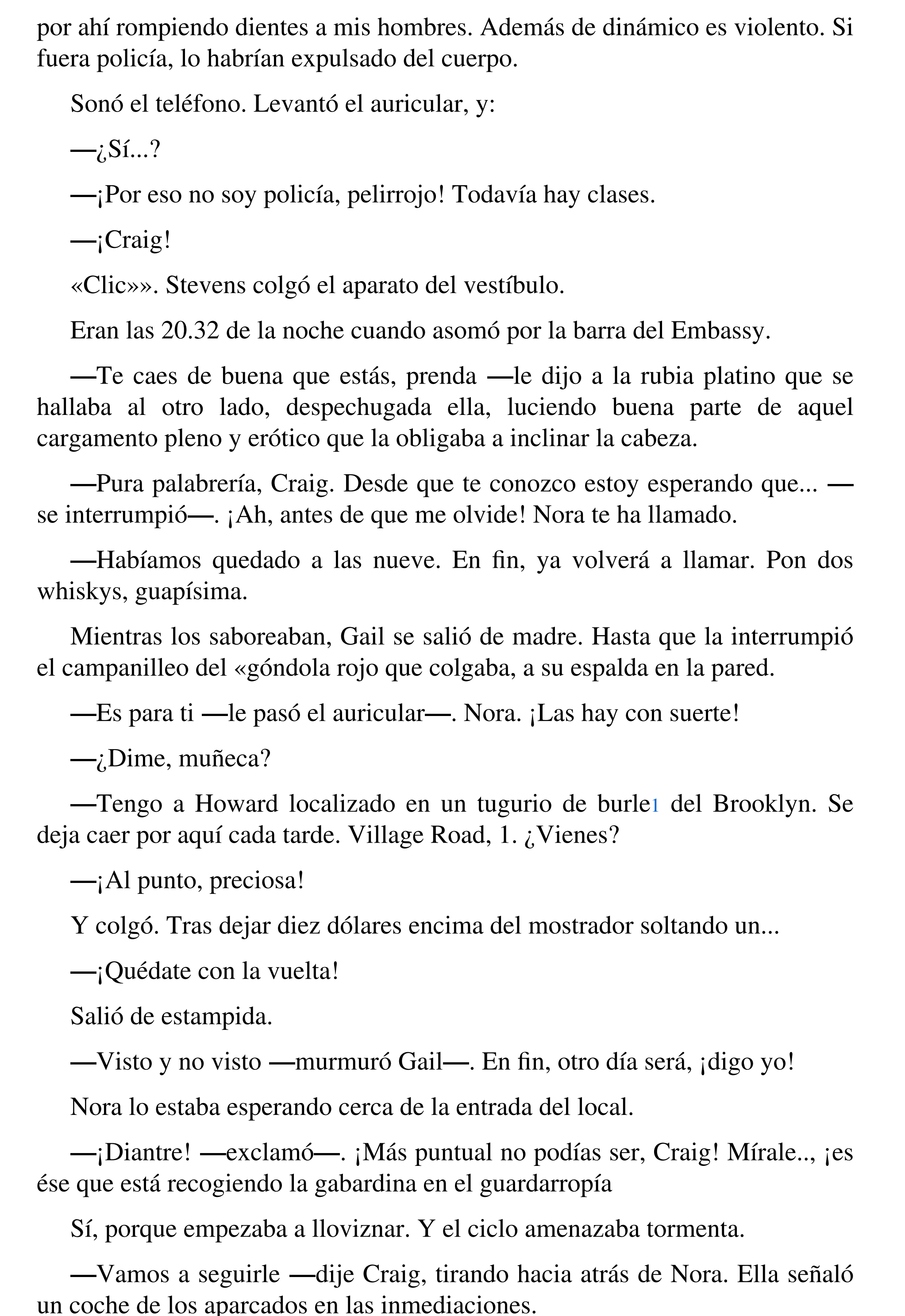
—¡Hasta mañana, entonces!

El pelirrojo se quedó rascándose la nuca.

—En el fondo —se dijo para sí—, hay que reconocer que es dinámico y decidido. ¡Todo un tipo este Craig! Aunque me parece que esta vez...

Por si acaso, a través del interfono, dio las instrucciones oportunas para que se solicitasen aquellos expedientes con la máxima urgencia.

—¡Vaya! —exclamó luego—. Se me ha olvidado advertirle que no vaya



por ahí rompiendo dientes a mis hombres. Además de dinámico es violento. Si fuera policía, lo habrían expulsado del cuerpo.

Sonó el teléfono. Levantó el auricular, y:

—¿Sí...?

—¡Por eso no soy policía, pelirrojo! Todavía hay clases.

—¡Craig!

«Clic»». Stevens colgó el aparato del vestíbulo.

Eran las 20.32 de la noche cuando asomó por la barra del Embassy.

—Te caes de buena que estás, prenda —le dijo a la rubia platino que se hallaba al otro lado, despechugada ella, luciendo buena parte de aquel cargamento pleno y erótico que la obligaba a inclinar la cabeza.

—Pura palabrería, Craig. Desde que te conozco estoy esperando que... —se interrumpió—. ¡Ah, antes de que me olvide! Nora te ha llamado.

—Habíamos quedado a las nueve. En fin, ya volverá a llamar. Pon dos whiskys, guapísima.

Mientras los saboreaban, Gail se salió de madre. Hasta que la interrumpió el campanilleo del «góndola rojo que colgaba, a su espalda en la pared.

—Es para ti —le pasó el auricular—. Nora. ¡Las hay con suerte!

—¿Dime, muñeca?

—Tengo a Howard localizado en un tugurio de burle[1] del Brooklyn. Se deja caer por aquí cada tarde. Village Road, 1. ¿Vienes?

—¡Al punto, preciosa!

Y colgó. Tras dejar diez dólares encima del mostrador soltando un...

—¡Quédate con la vuelta!

Salió de estampida.

—Visto y no visto —murmuró Gail—. En fin, otro día será, ¡digo yo!

Nora lo estaba esperando cerca de la entrada del local.

—¡Diantre! —exclamó—. ¡Más puntual no podías ser, Craig! Mírale.., ¡es ése que está recogiendo la gabardina en el guardarropía

Sí, porque empezaba a lloviznar. Y el ciclo amenazaba tormenta.

—Vamos a seguirle —dije Craig, tirando hacia atrás de Nora. Ella señaló un coche de los aparcados en las inmediaciones.

—Ha venido en aquel Ford negro.

La pareja corrió hacia el Jaguar del detective.

CAPÍTULO 7

Llovía.

Mejor dicho, diluviaba. Ahora, diluviaba, sí.

Como si hiciera cientos de años que las nubes no hubiesen llorado sobre la tierra.

Y el brutal aguacero venía acompañado de un estridente e inquietante aparato eléctrico. Los relámpagos taladraban como espectros la plomiza oscuridad del ciclo mientras los rayos sucedían a aquéllos trazando el zigzag centelleante de apariciones fantasmagóricas.

No.

Ahora, bajo la luz fugaz, cegadora, de relámpagos y rayos, el cementerio no tenía aquella visión de joya arquitectónica.

Mostraba un panorama espectral... alucinante.
Nadie que estuviera en su sano juicio podía acudir allí para solazarse. Pero sí... *para realizar experiencias diabólicas.*

Estallaban los truenos con horrísona y morbosa hilaridad, empeñándose en perturbar el sueño postrero de quienes dormían, aparentemente, en paz.
Y el viento, cruel, sin piedad, azotaba las copas de los agudos y estáticos Cipreses, ululando por entre ellos.

La tormenta otorgaba al camposanto una condición tétrica y sobrecogedora... quizá, la que verdaderamente le correspondía y la que se habían empeñado en alterar los constructores de aquella última morada eterna.

El agua había formado charcos en la grava y arenilla de los que surgía un chapoteo intermitente, un ruido machacón y pertinaz..., algo así como si los muertos, inquietos, desasosegados, golpearan en el interior de las tumbas clamando por volver a la vida.

Las estrellas y la luna ocultas entre las intensas negruras que obstruían el ciclo no podían, ahora, enviar los rayos sesgantes de su claridad sobre aquel reducto de la muerte.

Todo era oscuridad.

Una oscuridad terrible como impenetrable de la que surgió, monótona y agoreramente, aquel chapoteo estremecedor, ilógico...

Sólo la aparición de un rayo en el firmamento proyectaba raudales de claridad contra la necrópolis, esporádicos como su propio fuego fatuo, y su efecto, era todavía más horrible, más lúgubre, más demoníaco.

Bajo aquel momentáneo resplandor surgía, más que nunca, la posibilidad de un macabro hechizo... la utópica realidad de que un muerto abandonase su

lugar obligado de reposo.

Aquel tétrico entorno estimulaba la imaginación hacia cotas infernales dando marco a las más horrendas hipótesis... o a las más espeluznantes realidades.

En el conjunto del agobiante silencio sólo acuchillado por la estruendosidad de los truenos a los que seguía una quietud más terrible que la anterior se escuchó, de súbito, el arrastrar de unos pies cansinos por encima de la arena que formaba las calles estrechas que en aquel sector del recinto serpenteaban entre las tumbas.

Se trataba de cuatro hombres que caminaban torpemente, metidos dentro de amplios impermeables de plástico... acarreando una pesada losa de piedra y mármol.

—¡Maldita sea tu estampa, Herman! —exclamó uno—. ¿Cómo se te ha ocurrido venir de noche al cementerio?

—No es la primera vez que lo hacemos, ¿verdad? —repuso el aludido. Añadiendo-: Tú mismo me has dicho que prefieres tenerlo todo a punto para empezar el trabajo con las primeras luces de la mañana.

—¡Pero no con este diluvio, puñeta! —terció otro de los cuatro.

—Cuando hemos salido del taller no llovía de esta manera —argumentó Herman a modo de excusa.

—¡Dejaos de charla, narices! —intervino el último—. Y a ver si terminamos pronto con esto.

La proximidad de un rayo hizo que se detuvieran en seco temiendo lo peor.

—¡Yo me largo! —estalló el primero que había hablado, con voz trémula.

—¿Desde cuándo te han dado miedo los cementerios, Pat? —inquirió, Herman, ligeramente burlón.

—¡Déjate de coñas que me largo de verdad! ¿Eh?

Otro rayo iluminó especialmente el escenario tétrico en el me se debatían los cuatro hombres.

—A mí no me dan miedo, pero... —apuntó Ferdinand Croux— ¡es para morirse de pánico!

—No está de moda eso —le respondió Herman—. Lo que ahora se lleva es resucitar. ¿No habéis leído los periódicos?

¡Otro trueno sobrecogedor!

¡Otro rayo de luz cegadora que arrancó retazos espectrales de la necrópolis!

—¡Por mi madre que me marcho si no os calláis! —se desesperó Pat

—Ya vale, muchacho, ya vale —quiso tranquilizarle Herman—. Hemos llegado. Efectivamente; estaban frente a la tumba de Lloyd Logan.
—¡Esto está encharcado! —exclamó Ferdinand. Dejaron, muy despacio, la losa junto a la sepultura.

—Ya que estamos aquí, podemos aplanarla un poco con las palas —apuntó Herman Prost.

—¡Que te crees tú eso! —bramó Pat—. Yo me marcho. Vosotros... ¡quedaos a dormir con los muertos si queréis!

—Yo me largo contigo —se solidarizó el cuarto, de nombre Jess.

—Te ayudaré, Herman —dijo Ferdinand, viendo que Pat se alejaba, a la carrera, bajo el aguacero, seguido de Jess Cannon.

—Será lo mejor. Gracias —respondió aquél—. De lo contrario esto se convertirá en una ciénaga y mañana no habrá quien trabaje aquí.

—¡Manos a la obra! —exclamó Ferdinand, yendo por las palas que en la mañana habían dejado en el hueco de un arbusto cercano.

Y al agacharse junto al tronco, tuvo la sensación de que un gélido aliento se estrellaba contra su rostro... *algo así como el aliento de la muerte.*

—¡Maldición! ¡Ese estúpido de Pat me ha hecho coger manías!
—¿Que dices, Ferdinand? —preguntó Herman desde la vera del sepulcro, a cuyo alrededor daba vueltas.

—No..., ¡nada! Hablaba solo.

Y ahora... ¡ahora creyó distinguir en la necrófila oscuridad el brillo de dos grandes ojos! Dos ojos muy encendidos.

Dos ojos sanguinolentos, rojos, de los que parecía manar un caudal viscoso y terriblemente escarlata.

Dos ojos que parecían... ¡infiernos!

—¡Asquerosa sugestión! —rezongó—. ¡Que a mí me pase esto!

—Pero se puede saber qué murmuras, Ferdinand? —insistió Herman.

—¡Nada, hombre, nada! Tengo costumbre de hablar solo cuando estoy en un cementerio.

Y esta vez tuvo la certeza de que escuchaba una voz de rasgos diabólicos. De entonación satánica. Con matices del averno.
Una voz que escupía:
«Malditos *estúpidos, ¡van a estropearlo todo! ¡Van a distraer la atención del... que debe resucitar!»*

Y se estremeció, muy a su pesar, azotado por un vendaval de horror. Con

las palas a cuestas regresó a toda prisa junto a Herman.

—¿De veras crees que debemos...?

—No me dirás que tú también tienes miedo, ¿eh? Y creyó volver a oír:

«Malditos estúpidos*.., ¡van a estropearlo todo! ¡Van a distraer la atención del.. que debe resucitar/»*

—¿Miedo? —y tembló como una hoja aunque la oscuridad impidió que el otro se percatase—. ¡No! ¡Qué va, hombre!

—Bueno. Entonces, mano a la obra.

Ferdinand Croux miró instintivamente hacia el arbusto que no era más que una sombra entre las sombras, un bulto siniestro en las tinieblas...

Y tuvo la certeza de estar percibiendo de nuevo el brillo cegador de aquellos círculos satánicos, rojos, encendidos... MUY FIJOS EN EL...

Empezaron a aplanar la tierra...

Ferdinand seguía sugestionado por aquellos ojos diabólicos, por el matiz de la voz espectral que aún sonaba estremecedora dentro de sus tímpanos. Y eso que no podía escuchar, no podía oír las palabras que en silencio estaba pronunciando, las terribles frases...

«Tienes que estar conmigo, Lloyd. Tienes que pensar en mí. Yo soy la negación de la muerte. Mi energía proyecta la tuya, porque tú vives... ¡ESTÁS VIVO! Y puedes destrozar ese ataúd porque tu fuerza y tu poder de destrucción son infinitos. Lloyd... ¡LLOYD! ¿Me escuchas? ¡Sé que me escuchas! ¡Destroza esas absurdas ligaduras que quieren retenerte en las sombrías regiones de la muerte...! Y VUELVE. ¡Tienes que hacerlo! ¡Se lo prometiste a ellos! Vuelve, Lloyd, vuelve... ¡PUEDES HACERLO! ¡TIENES QUE HACERLO!»

Bajo la tierra que los dos hombres se empeñaban en aplanar se registró una infrahumana conmoción ahogada por el estampido de un trueno.

Aún no se había apagado el impacto en el cielo cuando se pudo oír, esta vez con claridad, un trallazo demoledor y el inequívoco crujido de madera rota.

—¡¡HERMAN!!

—¿Si, Ferdinand? ¿Qué te sucede?

—¿No has oído?

«Sigue, Lloyd*, sigue... ¡PUEDES HACERLO! ¡PUEDES!»*

—¿Oír? ¿Te refieres al trueno? ¡Claro que lo he oído!

—No... ¡maldita sea! El ruido ha sido aquí. ¡Aquí debajo! ¡Dentro de la tumba!

—¡Ferdinand, por Dios! ¿Es que te has vuelto loco? ¿Se puede saber qué te pasa? Estas...

—¡Eh, Herman, mira! ¡MIRA!

La tierra se estaba moviendo. La tierra que ellos acaban de alisar estaba siendo removida... DESDE DENTRO.

Alguien..., unas manos se empeñaban rabiosamente en apartarla, en abrir un hueco... *¡y* unos *dedos crispados, patéticos, que rasgaban febrilmente el lodo, impregnados en fango, retorcidos, asomaron por la superficie!*

—¡CIELO SANTO! —exclamó el escéptico Herman—. ¡NO ES POSIBLE!

«Ya vuelves, Lloyd, ya estás de nuevo en la vida... ¡EN LA VIDA!»

—¡HUYAMOS DE AQUÍ... HUYAMOS! —enloqueció Ferdinand Croux, tirando la pala y echando a correr.

Pero lo hizo de una forma tan precipitada, tratando de saltar por encima de la tumba, que la mano que ya emergía hasta la mitad del brazo, extendiendo desesperadamente sus dedos, unos dedos que parecían garfios, unos dedos que se movían a tientas... aquella mano, se aferró a su tobillo deteniendo bruscamente la huida de Ferdinand y haciéndole caer de bruces sobre el lodazal.

—¡NOOOOOO! ¡HERMAN, AYUUUUUDAME!

Herman Prost se había quedado inmóvil, quieto. Muy quieto.

Incapaz de moverse ni de reaccionar.

Sintiendo que los latidos de su corazón se convertían en bestiales cañonazos que retumbaban contra su pecho amenazando destrozarlo.

¡Y no podía moverse!

Sus miembros y articulaciones estaban trágicamente anquilosados. Abrió la boca, mas no fue capaz de coordinar una silaba.

Ferdinand, golpeando trepidantemente con los puños en el fango en baldío intento de zafarse de la presión que aquella mano seguía ejerciendo alrededor de su tobillo, pese a que tiraba con fuerza de la pierna, abrió los labios para inhalar aire al creer que sus pulmones estallaban y sólo tragó una pastosa bocanada de fango que se mezcló con sus gritos de auxilio:

—¡HERM... AAAG! ¡ME AHO...!

Pareció hervir el lodo cuando la cabeza surgió de entre él, esponjándose, mirando de un lado para otro con pupilas dilatadas, buscando la energía que vivificaba su cuerpo muerto...

Los ojos de Herman pareció que iban a salir disparados de las órbitas.

—¡NOOOO! —consiguió aullar al fin.
Y cayó a tierra, instantáneamente, como fulminado.

Ferdinand Croux, al borde de la histeria, con la garganta inundada de barro seguía tirando desesperadamente de la pierna al tiempo que pretendía arrastrarse por el lodazal con un patetismo exacerbado.

De pronto, su tobillo se vio libre de la férrea presión. Pero él, vencido al fin, perdidas ya las fuerzas, agotado por la tensión nerviosa desplegada, quedó inerme, tendido sobre el fango.

Lloyd Logan, con movimientos torpes a los que su cuerpo... MUERTO imprimía una energía muy superior a la humana, acabó por emerger totalmente hasta mantener la vertical. Su aspecto era realmente estremecedor, horrísono. Bañado por completo en barro, sangrantes las manos aunque ello apenas se apreciaba en razón a la película de lodo que las cubría, pero sangrantes a causa del tremendo esfuerzo realizado al destrozar el ataúd, muy abiertos los ojos y perdidos en un punto ignoto, ofreciendo una expresión de genuino espectro, se mantuvo erguido durante unos instantes y luego, como un ebrio, empezó a tambalearse sobre la puntera de los pies descalzos como esperando que...
«¡*Magnífico, Lloyd, magnífico! ¡Satanás estará orgulloso de ti! ¡Yo estoy orgulloso de ti!*

Y ahora, *tienes que ir a ellos. Tienes que regresar junto a ellos como les prometiste.*
¡Vamos, sígueme!»

Ferdinand Croux volvió a la realidad.

Patinando sobre el fango consiguió ponerse en pie y tratando de no mirar la insegura silueta del cadáver viviente que había comenzado a caminar, echó a correr no pudiendo contener, al fin, la necesidad morbosa de contemplar al resucitado.

Le vio cómo adelantaba un pie, otro... vacilante pero avanzando al mismo tiempo con la demoledora seguridad de un carro de combate.

Y junto al muerto aquellos ojos rojos, sangrantes, diabólicos, tan espectrales o más que el propio resucitado. Tan terribles...

En su precipitada huida mirando de soslayo al cadáver, Ferdinand tropezó con un ciprés y todo él se convulsionó, justo cuando un tétrico rayo zigzagueaba en el ciclo, haciendo que el grito que desde minutos atrás se apelotonaba en su garganta huyera, al fin, sonora, estridente v atropelladamente.

—¡AUXILIOOOOO!

El eco de aquel bramido pareció convertirse, durante segundos, en una especie de invisible barrera que frenaba el oscilante avance de aquel ser que acababa de regresar a la vida.

Ferdinand, enloquecido, no veía la forma de rodear el ciprés. Volvió la cabeza, aterrado, suponiendo que el muerto se le venía encima, que sus zarpas se iban a enraizar en su cuello...

Sólo captó, de nuevo, la mirada rojiza y chispeante de aquellos ojos. Y una imprecación:

«Maldito hijo *de perra! ¡Acabarás por estropearlo!»*

Y envuelto en la oscuridad asomó el cañón de una pistola.

El marmolista, más que verlo, lo intuyó. O quizá la propia confusión reinante en su cerebro se lo hizo imaginar. El arma era real.
Brilló el fogonazo.

¡BANG! ¡BANG!

Y los dos secos estampidos cuya sonoridad se diferenció bastante de los ruidos propios de la tormenta.

El segundo impacto alcanzó a Ferdinand en el hombro enviándolo hacia atrás y haciéndole dar una vuelta completa.

«Sigue adelante, Lloyd*, ¡SIGUE! Tú no debes detenerte ante nada... SIGUE.*

Croux, en el límite de su raciocinio, aterrado ante la inminente presencia del resucitado y muy mermada su resistencia física tanto por el desgaste como por el pedazo de plomo ardiente que tenía incrustado en sus carnes, hizo un supremo esfuerzo para correr de nuevo.

¡BANG! ¡BANG!

—¡Socorroooo!

Un quinto disparo restalló en la confusión del cementerio.
¡BANG!

Y junto al eco de su estampido pudo escucharse un alarido femenino.

—¡Aaaag! ¡Me han dad...o!

Y al instante, una voz masculina, gritando:

—¡NORA...! ¡NORA! ¿Dónde estás?

—¡Crai...g! ¡Me muer...o!

* * *

—Craig —dijo Nora—, llevamos más de media hora estacionados aquí.

—Lo sé.

—La proximidad del cementerio me aterra. Sé que os una tontería poro no puedo evitarlo. ¿Qué demonios estará esperando ese tipo?

—No lo sé —repuso el detective. Y añadió—: Y tampoco quiero imaginármelo.

—¡No digas eso! —y un estremecimiento azotó su exuberante anatomía—. ¿Es preciso que sigamos aquí?
—Lo es, Nora, lo es. Si Terence Howard está esperando a un ser vivo...

—¡Por Dios, Craig! ¿Quieres dejarte de insinuaciones diabólicas?

—Yo no creo en todas esas cosas, pero... me veo obligado a admitirlas. Howard está relacionado con unos sucesos truculentos. La gente no acude de noche a las inmediaciones de los cementerios y menos con esta tormenta, muñeca. Ello demuestra...

—¿Crees que puede estar esperando a un... —se le hacía difícil de pronunciar, pero al fin lo soltó— a un muerto?

—Cualquier cosa.

—Pero no se mueve del coche.

—Quizá no espera ningún muerto, Nora. Puede que todo sean elucubraciones nuestras. Pero Howard está nervioso, enciende un cigarrillo tras otro... ¡Acabare por volverme loco!

—¿Por qué no salimos, Craig? Aquí dentro me pongo más excitada todavía.
—Como quieras —y le dio la llave del maletero—. Atrás tengo un paraguas y una gabardina.

Salieron los dos del coche y Nora sacó las prendas para protegerse de la lluvia.

Tenían el Ford negro como unos trescientos metros por delante, rebasada la puerta del cementerio que se abría en el centro de la monumental y artística verja, y a la derecha de aquella.

Nora, una vez más, se apretó contra él mientras avanzaba unos pasos en dirección a la puerta.

—Vaya nochecita —musitó el detective.

—¡Ni en las películas las consiguen mejor a la hora de meter a los protagonistas cerca de un cementerio! —se quejó Nora, con un estremecimiento.

—Tampoco es para tanto, muñeca.

—¡No, qué va! —tuvo fuerzas para ironizar ella. Agregando—: Como no me lo compenses con toda una noche metidos en la cama...

—Para eso no es necesario...

Craig Stevens contuvo el resto de la frase porque hasta sus oídos llegó con nitidez, por encima del chapoteo del agua y de los extraños ruidos de la tormenta, aquel grito angustioso y desesperado que pedía:

—¡AUXILIOOOO!

Y no se lo pensó ni un segundo, echando a correr hacia la entrada del camposanto, exclamando:

—¡Vamos, Nora, rápido!

—¡Craig, por Dios! ¡No me dejes aquí!

—¡Sígueme! ¡Sígueme! ¡Pero de prisa!

Estaba ya traspasando el umbral de la verja y orientándose hacia el lugar donde aún vibraba el eco del grito.

—¡Craig! —se desesperaba ella—. ¡Aguarda!

El detective había conseguido localizar el punto de donde partiera el bramido.

Nora, a la que por fin habían crecido alas en los pies, entró en la necrópolis como un rayo. Olvidándose de que aquello era un cementerio y del pánico que éstos le producían, trató de galopar en pos de Stevens.

Los pies se le enganchaban en el fango obligándola a un tremendo esfuerzo si no quería perder el rastro del detective.

Tuvo que hacerse a un lado con rapidez para esquivar la embestida del enorme arbusto que parecía haber nacido, de repente, en la oscuridad.

Eso la desvió del trayecto que Craig seguía en su carrera.

Fue ahora cuando la rubia escuchó el estallido de los dos disparos. Y otros dos, a renglón seguido.

El brillo consecutivo de los fogonazos, el aguacero, los relámpagos... todo se confundió frente a los ojos de Nora formando y conformando un entorno infernal, alucinante, como el de aquellas casetas de las ferias destinadas a estimular el terror de la gente. Pero este terror de ahora, este terror del cementerio, de los rayos, los truenos y los disparos, era un terror real... UN TERROR INAUDITO.

No salió la voz de su garganta cuando quiso llamar a Craig. Corrió de nuevo, hacia adelante, de forma instintiva.

Sin saber adónde.

Asustada. Abatida por el horror. Desconcertada.

Vio entonces aquel bulto tambaleante que parecía un hombre, a cinco metros de ella, que avanzaba con dificultad con ambas manos apretadas contra el hombro como si estuviese herido.

¿Y si era... UN MUERTO?

Cambió al instante de dirección.

Justo en el momento que sonaba el quinto disparo.

¡BANG!

Nora volvió a detenerse en seco.

Porque algo violento y cálido se había interpuesto en su trayectoria golpeando con fuerza a la altura del corazón. Experimentó una extraña convulsión interior y tuvo la seguridad de que un espasmo contraía brutalmente su caja torácica proyectando la sangre, en aluvión, hacia la boca.

La abrió, soltando chorros del líquido vital.

—¡Aaaag! —articuló, consciente de que moría—. ¡Me han dad...o!

Le llegó ahora la voz bronca, fuerte, de Craig, aullando:

—¡NORA . ! ¡NORA! ¿Dónde estás?

—¡Crai...g! ¡Me muer...o!

El detective, sintiendo que los latidos de su corazón eran aldabonazos tétricos saltó atrás, escudriñando la oscuridad en busca de la figura de la muchacha.

—¡Dónde diablos...! ¡Nora, por Dios, háblame! ¿Dónde te has metido? Captó el bulto torpón y zigzagueante.

Corrió hacia allí y cando quiso evitar al desconocido, éste se le vino encima, abrazándole con desgarrador patetismo al tiempo que una voz, la de Ferdinand Croux, pedía, histérico:

—¡No se marche! ¡No me deje solo...!

Craig Stevens, nervioso como nunca, presionado no sólo por el tétrico ambiente, sino por la asfixiante premonición que lo invadía, apartó al tipo de un violento impacto enviándolo a tierra.

—¡Espere un momento! ¡Después estaré por...! La vio.

Se envaró y todos sus músculos se pusieron muy tensos al tiempo que en sus facciones aparecía una crispación desesperada.

—¡NORAAAA!

Corrió hacia el cuerpo de la mujer que se aplastaba contra el fango.

Pero antes, el pesado arrastrar de unos pies, el arrastrar diabólico de unos pies sobre el lodo le hizo volver la cabeza, en seco, como si el aguijón de una abeja hubiera estallado en su nuca.

Tropezándose sus ojos, muy abiertos, con expresión de alucinado desconcierto, con el rostro vacío de... ¡LLOYD LOGAN!

Que lo miraba como si no lo viera. Que avanzaba hacia él con braceo y movimiento de autómata, arrastrando los pies pesadamente... aunque daba la sensación de que le pesaba mucho más el alma que volvía a arrastrar por el mundo.

Craig trató de negarse a la evidencia. Quiso convencerse de que aquello no era verdad..., de que no podía ser verdad. Quizá por eso, interrogó:

—¿Lloyd? ¿Eres tú..., Lloyd?

Y la voz le llegó de lejos, de muy lejos, posiblemente de otra dimensión, de un universo espectral y muy distante.

—Sí...SOY YO.

Y por debajo de la voz del resucitado, se escuchó otra, maquiavélica, erizada de satanismo, que mascullaba con diabólica entonación:

—¡Vaya noche de estúpidos! ¡También acabaré contigo, imbécil! Por sexta vez, un disparo restalló en las húmedas tinieblas del lugar.

¡BANG!

Craig Stevens volvió, instantáneamente, a la realidad. Pero sólo, por un segundo o dos.

Porque sintió que algo estallaba en su sien, que la cabeza se desintegraba en millones de fragmentos, que muchas luces brillaban de forma cegadora y que, por último, sobrevenía una larga, impenetrable y eterna oscuridad.

La de la muerte.

Se desplomó, como fulminado. Muy cerca de donde estaba el cuerpo inmóvil de Nora Thiess.

« Vamos, Lloyd, adelante. Tú no debes detenerte ante nada. Ya estamos llegando a la salida. Los cementerios no son para ti... PORQUE TÚ ESTÁS VIVO. Sigue, sigue... ¡SIGUE!
¡TENEMOS QUE CONSEGUIRLO!»

* * *

Terence Howard mantenía abierta la portezuela trasera del Ford.

Un estremecimiento flageló su anémica naturaleza cuando el cuerpo vacilante de Lloyd Logan cruzó frente a él introduciéndose en el auto.

«Siéntate, Lloyd, siéntate*. Todo va bien.»*

—¿Qué ha pasado ahí adentro, doctor?

—Nada. Nada que nos importe.

—¿Y los disparos?

—¡He dicho que no ha ocurrido nada, Terence! ¡Conduce y calla! Howard, que ya se había sentado ante el volante, torció la cabeza.

—¡Oiga...! Vayamos por palmos, ¿eh? Estoy corriendo demasiados riesgos y empiezo a estar harto de jugarme el pellejo por sus genialidades, venganzas o como lo quiera llamar.

¿A quién ha matado ahora?

El otro le incrustó el cañón de la pistola en el cogote. Anunciando, ominoso:

—Cuando te expuse mi proyecto, aceptaste encantado. Incluso me pareció que te ilusionaba porque odiabas a Percival... casi tanto como yo. Pero dejando a un lado tu particular morbo satisfecho, en el aspecto económico, te he retribuido tan generosamente que has ganado en meses lo que nunca habías obtenido en cinco años... ¿Y ahora te preocupa el jugarte la piel? ¡Hace tiempo que nos la estamos jugando, Terence! Y en el fondo, es excitante... —aumentó la presión del arma, sentenciando—: Si te oigo pronunciar otra frase de queja te taladro el cuello, ¿entendido?

—¡Sí, sí...! ¡Como usted diga, doctor!

—¡Vámonos de aquí, rápido! Pon este cacharro en marcha.

—¿Al...?

—¡Al domicilio de los Logan, estúpido!

—Sí, sí, ahora mismo...

Puso el coche en movimiento.

—¿Está todo dispuesto allí?

—Sí, doctor. A punto. Sólo falta... *él.*

Howard, al decir «el», se refería al resucitado.

—Perfecto. Este será mi mejor viaje al interior de la muerte —y estalló en diabólicas carcajadas—. ¡JA, JA, JA, JA, JA...!

CAPÍTULO 8

Percival Logan llevaba un par de horas despierto. Con los ojos muy abiertos.

Señal inequívoca de insomnio. Pero inmóvil en la cama.

Por no despertar a Karen. Le había administrado un hipnógeno y si por cualquier causa se truncaba el efecto, ella no podría dormir en muchas horas.

Por eso, él, había escuchado los ruidos... extraños y desconcertantes ruidos, que desde hacía rato poblaban el ámbito de la casa rasgando su silencio, turbando la inquietante paz que reinaba en la residencia de los Logan tras los terribles sucesos vividos. Posiblemente fueron sus nervios, su cerebro alucinado que le gastó una macabra jugarreta, pero tuvo la seguridad de estar escuchando la voz de Lloyd y aquellas horribles palabras:

«¡Volveré...! Porque Satanás lo quiere. Y aquellos que no creen en él... ¡ay de ellos!, se convencerán de su poder. Honraré al Príncipe de las Tinieblas con mi retorno y mi brazo será el ejecutor de quienes lo niegan. No lo olvidéis... ¡VOLVERÉ!»

De manera instintiva se pasó una mano por la frente como si quisiera arrancar trágicas expresiones de su memoria y entonces se apercibió del sudor frío, helado, que resbalaba encima de su piel.

—¡Dios mío, Dios mío...! —exclamó—. ¿Por qué?

Volvió a preguntarse, en mudo rezo, qué grave pecado había cometido en su vida para merecer tan cruel castigo.

No.

Dios no podía castigar de aquella manera. Su bondad infinita hacia los mortales lo evitaba.

Aquello... ¡ERA OBRA DE SATÁN!

Satán, sí. Su enemigo. Que lo acechaba.

Porque ahora, en aquel momento, desde la oscuridad de la estancia... LE ACECHABA.

Su aliento fétido surgía de algún rincón y la mirada de sus ojos diabólicos estaba fija en él.

Un crujido de superior envergadura a los que había escuchado hasta entonces le hizo estremecer, incorporándose en el lecho acto seguido.

Un nudo espeso de saliva se apelotonó en su garganta amenazando con asfixiarle.

—¿Sugestión... —se preguntó, trémulo— o realidad?

¿Sería cierto que... Satán estaba allí?

¿En su casa?

Saltó de la cama, nervioso, asustado contra su voluntad, temeroso... quizá por intuir una nueva tragedia.

Tras envolverse en el batín salió al pasillo procurando no efectuar el más leve sonido. Nada.

Oscuridad.

¿Habrán sido, sólo, imaginaciones suyas? Silencio.

Un gran... SILENCIO.

¡Pero en aquel enorme silencio estalló ahora otro ruido! Tenía la certeza de que sí... DE QUE LO HABÍA ESCUCHADO.

Anduvo, vacilante, unos pasos, como si un misterioso impulso lo empujara hacia el lugar de la casa donde se estaban registrando las excitantes alteraciones.

¿La habitación de Lloyd...?

¡No!

Lloyd estaba... MUERTO.

¿MUERTO...?

Sin embargo sus pasos, sin que supiese la razón, se habían detenido allí. Frente a aquella puerta...

La puerta de la habitación de Lloyd.

¡Un nuevo chasquido esta vez perfectamente perceptible!

Percival Logan se estiró, entrando en tensión, notando un extraño agarrotamiento, como si hubiese recibido un doloroso aguijonazo.

Y... ¡OTRA VEZ EL CHASQUIDO!

Allí...

¡Había sonado allí! ¿Detrás de la puerta de la habitación de Lloyd!

Su diestra, maquinalmente, se fue hacia el pomo del tirador, asiéndolo hasta hacerlo girar.

La puerta gruñó al sentirse empujada.

—¡Dios mío, ayúdame! —gimió—. No me dejes solo ahora... Y siguió abriendo la puerta.

Tuvo la sensación de estar penetrando en un mundo misterioso, de ser succionado por una vorágine intensa y agobiante de retorcidas tinieblas que

revoloteaban frente a sus ojos, burlonas, monstruosas, diabólicas... ofreciéndole guiños y parpadeos espectrales.

Y unos golpes siniestros, enervantes, crueles, retumbaron en lo más íntimo de su cerebro.

Algo así como el agorero tañir de una campana infernal.

Se detuvo, creyendo que flotaba. Que flotaba macabramente por encima de un mitológico abismo de morbosas apariciones.

Las llamas débiles, oscilantes, veleidosas, sangrientas, estallaron como diabólicos pedazos de infierno frente a sus aturdidos ojos.

—¡NO ES VERDAD!

¿No lo era?

¿No era verdad que encima de la cama se encontraba el mismo ataúd... el ataúd que debía reposar en una fosa del St. Raymond's Cementery?

Flanqueado por cuatro trémulas llamitas.

Y la luz insegura y vacilante de aquellos tenues cirios se fue incorporando, lenta y pausadamente, muy despacio, terriblemente despacio, una sombra opaca primero... *la cabeza de Lloyd Logan después, que surgía del interior del féretro.*

—¡NOOOOO!

El cuerpo entero estaba escapando al cobijo del ataúd. Lloyd estaba allí, en pie...

¡MIRÁNDOLE!

Con expresión hueca, ojos perdidos, actitud de espectro...

—¡DIOS MÍO..., LLÉVATELO!

«—Soy yo, papá. Lloyd. Te dije que volvería... Y AQUÍ ESTOY. Y he vuelto porque es su voluntad... LA VOLUNTAD DE SATÁN. Quiero que vengas conmigo a conocerle. Ven, papá, acércate...»

Percival, en su postrer conato de lucidez, hundió la diestra en el bolsillo del batín y sus dedos se aferraron a la culata de la pequeña automática Browning que, por simple instinto precautorio, siempre llevaba allí.

De un tirón sacó el arma y enfilando el cañón contra el pecho de su hijo, disparó. DISPARÓ.

Una, dos, tres... hasta cinco veces.

Y con ojos desorbitados, con el terror aprisionando la expresión de su faz descompuesta contempló cómo los proyectiles se hundían en el cuerpo del resucitado... ¡SIN CAUSARLE LA MENOR ALTERACIÓN!

Porque seguía intentando aquellos pasos inseguros.

Porque seguía hablándole:

—No me puedes matar, papá. No se puede matar a la MUERTE...

Percival Logan, enloquecido, llevó el cañón del arma a su sien y efectuó un nuevo disparo.

¡BANG!

En las fracciones de segundo que separaron el estampido del disparo de la integración del autor al mundo de las tinieblas, el médico, con pupilas ya midriáticas, captó por detrás del resucitado la presencia de otro ser... de otro rostro diabólico cuyas facciones se agitaban descomunalmente.

Unas facciones que reconoció al instante.

Y Percival se fue al otro mundo abriendo mucho los labios. Como queriendo interrogar, atónito: «¿TÚ...?»

No obstante, como creyendo que le escuchaba... o deseando que lo escuchase, la voz que surgía de aquella boca agrandada en el hemisferio óptico de Percival, desgranó:

—¡YO...! ¡Sí! |YO! ¡TU HERMANO! Y me quedo con él... CON TU HIJO. Me lo llevo para que siga llenando de fango y oprobio el apellido I.ogan. Le haré cometer las más horribles vesanías para que arruine ese maldito apellido. Un apellido que era tan mío como tuyo, Percival. ¡Y que ahora escupo! ¡Y piso! Y vilipendio! ¡Y HUMILLO! Mi venganza... ¡NO CONOCE LÍMITES NI FRONTERAS! ¡ME VENGARÉ DEL DAÑO QUE LE CAUSASTEIS A LILIANA! ¡MALDITOS TODOS LOS LOGAN...! ¡MALDITOS SEÁIS TODOS!

Karen Desailly asomó en la puerta, con los ojos agrandados y la expresión enajenada. El fragor de los disparos, sin duda, la había conducido hasta allí.

Captó la escena en toda su trágica y espectral magnitud. En su cruel dimensión.

«Mamá, soy yo, Lloyd. Acércate. Ven. Quiero que conozcas a... SATÁN.»

—¡NOOOOO!

Y cayó de bruces en tierra.

Al instante, una fuerte conmoción puso en movimiento a cuantos se encontraban en la casa.

CAPÍTULO 9

En el infierno no se podía estar tan bien atendido.

Eso pensó, al menos, al tomar el primer contacto con la realidad. Se hallaba rendido en una cama y rodeado de paredes blancas. Un hombre le miraba con aspecto serio y el ceño fruncido. Aquel tipo tenía la cara manchada.

—Estás vivo de verdadero milagro.

Se llevó la diestra a la cabeza, palpando el vendaje que a modo de turbante le cubría la frente.

Sobrevino el primer chispazo de lucidez.

—¿Y Nora? —preguntó—. ¿Dónde está Nora?

—Muerta —repuso de un tirón el de la cara manchada.

Craig Stevens entreabrió los labios. Después, con una crispación de impotencia en sus facciones, se revolvió, dándole un tremendo puñetazo a la pared.

Tan tremendo, que le sangraron los nudillos. Telly Brown se abalanzó sobre él.

—¡Eh, muchacho! —exclamó, al tiempo que le sujetaba—, ¿Es que te has vuelto loco?

Unas tímidas lágrimas asomaron a los ojos del detective y fueron resbalando silenciosamente por sus mejillas.

—Era una buena chica... —zozobró—. Me ayudaba en ocasiones... ¡Por qué! ¿Por qué la metí en este asunto?

—Eso mismo iba a preguntarme yo.

—Ella, Nora, por causa de su negocio... —Stevens hablaba en tono ausente, con monotonía—, estaba conectada con toda clase de gente. Tenía conexiones con el mundo del hampa. Además, su conducta extraña, extrovertida, la llevaba a involucrarse en todo tipo de inverosímiles experiencias. Desde asistir a misas negras... ¡Qué sé yo! Ahora está muerta.

—No es tu culpa, Craig. No lo es.

—¿Dónde estamos?

—En el pabellón de urgencias del Bronx State Hospital. Detective... ¿coordinas ya? Movió, afirmativo, la vendada cabeza.

—Sí...

—Bien —Telly se fue hacia atrás y luego de dar una vuelta sobre si mismo se encaró con Stevens—. Entonces, es hora de que hablemos con claridad. Te

voy a recitar el balance de esta noche en el St. Raymond's Cementery; Ferdinand Croux, marmolista, aquejado de un ataque de histeria que amenaza seriamente su equilibrio mental; Herman Prost, marmolista también y patrón de Croux, muerto a causa de un infarto de miocardio; Nora Thiess, un balazo en el corazón. ¡Ah!, y el cadáver de Lloyd Logan *huido* de su sepulcro. Si alguien puede dar más en menos tiempo, ¡que me lo diga! ¿Para quién trabajas y qué es exactamente lo que ha sucedido esta noche en el cementerio, Craig?

El detective, apesadumbrado, inclinó la cabeza.

—Sí... —suspiró—, te debo una explicación.

Y arrancó con ella desde el principio. Justo desde el instante en que Verónica Logan, de madrugada, apareciese por el *Liberty.*

—Me hablabas esta tarde de una confabulación para hundir a Percival Logan y... Craig, como una exhalación, saltó de la cama.

—¡El cadáver de Lloyd sólo puede estar en un sitio! ¡Vámonos!

—¡Stevens! —trató de detenerlo el teniente de la Brigada de Homicidios —. ¡Ha dicho el médico de guardia que...!

—¡A la mierda con el médico de guardia!

Telly Brown no pudo hacer otra cosa que salir corriendo tras el detective.

—¡Craig...! ¿Adónde vamos?

—¡A coger un taxi!

—¡Espera, hombre, espera! Tengo aquí el coche patrulla... —y consiguió atraparlo por el brazo tirando hacia atrás de él.

Casi a empujones lo metió dentro del auto policial.

—Supongo que debo dirigirme a la residencia de los Logan, ¿no? —inquirió, poniendo el vehículo en marcha sin esperar respuesta.

—Sí.

El trayecto lo realizaron en absoluto silencio. Telly, pendiente del tráfico. Craig, envuelto en sus propios pensamientos. Torturado, sin duda, por el recuerdo de Nora.

Veinte minutos después, el teniente estacionaba el auto en las cercanías del 1.623 de Fort Washington Avenue.

Saltaron, rápidamente, a tierra.

Terry Brown fue el primero en captar la presencia de otros vehículos oficiales de la policía junto a la entrada de la residencia de los Logan.

—¡Aquí ha pasado algo!

—¡Me temo que lo sé! —exclamó el detective, echando a correr.

Un agente uniformado se interpuso en el camino de Stevens, pero se apartó de inmediato al percatarse de la presencia del teniente.

Otro obstáculo se cruzó en la carrera de Craig.

—¡Eh, detective, quieto! —exclamó Harry Shepard, marido de Faye Logan y miembro de la Brigada Antiatracos de Nueva York—. ¿Qué se te ha perdido aquí?

Brown llegó oportuno.

—¡Harry!

—¿Sí...? ¡Hola, Telly! ¿Te han avisado a ti?

—No de una manera directa. Pero estoy vinculado a todo lo que haya podido suceder aquí. El... —señalaba a Stevens— trabaja en este asunto por encargo de tu cuñada.

—¿Verónica...?

—Sí.

—¡Estúpida! Ha tenido que involucrar a extraños...

Stevens, que hasta cierto punto se mostraba confuso, como si no hubiera superado el pequeño trauma —herida incluida— causado en su mente por los sucesos del cementerio, reaccionó, ahora, con violencia.

Su puño derecho estalló contra el rostro de Harry Shepard, trompicándolo hacia atrás.

—¡Imbécil! —masculló—. ¿Qué diablos te has creído?

Harry, tambaleante, hizo ademán de repeler la agresión, pero Telly se interpuso de nuevo oportunamente.

—¡Queréis dejaros de tonterías! Os comportáis como niños frente a sucesos de terrible magnitud. Y tú —ladeó la cabeza hacia el detective—, las manos quietas, ¿eh?

Justo en aquel instante, Verónica apareció en el umbral.

—¡Craig...! ¡Craig! —exclamó entre sollozos.

—Pequeña... —Stevens la recogió entre sus brazos amorosamente, acariciándole el cabello—, ¿qué te ocurre?

—¡Ha sido horrible, Craig! ¡Terrible! ¡Vamos a volvernos locos! Y estalló en un arrebato de llanto.

—Mi suegro se ha suicidado —le decía Harry a su colega.

—¿Suicidado...? —pareció sorprenderse el pelirrojo—. ¿Por qué?

Shepard se pasó una mano por el rostro. Articuló, al fin:

—Verás, se me hace difícil... ¡Parece ser que mi cuñado Lloyd ha estado aquí! Al menos, en su habitación, hay un ataúd exactamente igual...

Stevens, se apartó, una vez oído aquello, llevándose con él a Verónica.

—Traía de calmarte, pequeña. Inténtalo. Ya sé que todo esto es horrible, pero...

—¡No puedo, Craig, no puedo! ¡Esto es obra del mismísimo Satanás!

—No. No digas eso.

—¡Mi madre está enloquecida! Ella... ¡lo ha visto! ¡Ha visto a Lloyd!

Hubieron de pasar bastantes minutos antes de que Verónica Logan, sólo en parte, recobrase el dominio sobre sí.

—¿Qué haremos, Craig..., qué haremos? ¡Papá está muerto! Y sobre el resto de nosotros sigue pesando esta maldición.

—Te doy mi palabra de que acabaré con ella. Espera...

Se habían introducido en el vestíbulo de la casa y Stevens salió de nuevo afuera, para llamar a Telly que seguía dialogando con Harry, todavía medio aturdido a causa del impacto que le propinara el detective.

Brown le hizo una seña con la mano indicándole que aguardara unos segundos. Stevens, nervioso, optó por acercarse.

—Perdona, Harry —fue lo primero que dijo—. Lamento mi torpeza y espero que la olvides.

—Si... —aceptó la excusa el policía—. De acuerdo. Está olvidado.

—¿Qué ocurre, Craig? —inquirió el pelirrojo.

—¿Tendrás ya en tu despacho los informes de que hablamos ayer?

—Es posible... Perece que tienes puestas todas tus esperanzas en esos expedientes, ¿no?

—Bueno —musitó el detective, un tanto enigmático—, uno de esos expedientes puede ser la confirmación a mi presentimiento. Tengo otra carta que jugar también. Y seguramente la jugaré.

—¿No puedes hablar con claridad, Craig?

—Todavía no. ¿Por qué no nos acercamos a comisaría para comprobar si te han pasado esos dossiers?

—¡Si tan importantes son...! —exclamó el de Homicidios, encogiéndose de hombros. Y mirando a su compañero Shepard, inquirió—: ¿Te quedas tú aquí, Harry?

Cabeceó afirmativamente.

—Hago falta. Tanto en lo profesional como en lo familiar.

—De acuerdo —declaró Brown—. Nos veremos.

Stevens se despidió de Verónica rogándole una vez más que mantuviese la calma y que tuviera confianza en él.

A bordo del coche policial se dirigieron a la comisaría.

—¡Vaya! —exclamó el pelirrojo al asomar a su oficina, mirando encima de la mesa—.

¡Parece que ha habido suerte...!

Y ojeó las carpetas que sobre aquélla habían amontonado, aseverando:

—Pues la ha habido, pesquisa. Estos son los expedientes. Craig, visiblemente abatido, se desplomó en la silla.

Los estudiaron conjuntamente.

Uno retuvo muy en especial la atención de Craig Stevens Lo leyó y releyó varias veces, diciendo al fin:

—Más o menos, lo que suponía.

Telly Brown atrapó el dossier para leerlo de nuevo.

—Pues yo, pesquisa, no veo nada anormal.

—Debieras leerlo con ojos de policía y cerebro desconfiado. Ese hombre es hijo natural...

—¡Vaya, hombre! En adelante sospecharé de todos los hijos naturales de la ciudad. Habrá como más de un millón, ¿no?

—Este es diferente —habló Craig, manteniéndose en su línea enigmática. Y sin mirar a Telly descolgó el teléfono, discando un número en el dial. Cuando en el otro lado respondieron, preguntó—: ¿Está Verónica?

—Sí... ¿Quién la llama, por favor?

Dijo quién era y al instante tuvo a la bella mujer colgada del auricular.

—¡Craig! ¿Qué sucede?

—Pequeña, quiero que lo pienses con calma... y que luego me digas si el nombre de Liliana te trae algún recuerdo, si te es familiar, ¿eh?

Verónica Logan se mantuvo unos instantes en silencio. Después, con voz insegura, musitó:

—¿Liliana...? Pues, que yo... ¡Craig, espera! ¡Craig! ¿Me oyes?

—¡Claro, pequeña! No me he movido del teléfono. ¿Qué te pasa? ¿Por qué te has excitado de ese modo?

—Bueno, es que... De repente he recordado que hubo una mujer llamada Liliana que estuvo al servicio de mis abuelos. Pero yo no la conocí. ¿Qué tiene que ver esa mujer...?

¡Seguramente debe estar muerta!

—Seguramente, Verónica. Gracias, linda. Volveré a llamarte. ¡Adiós! Y tras colgar, miró a Telly Brown.

—Policía..., *Liliana estuvo al servicio de los Logan.*

—¿Estás insinuando Que el hijo natural de Liliana...?

—¡Ni más, ni menos! Hermano de Percival Logan.

—¡Eh, para, para! Por el hecho de que sea hermano...

—Por el hecho de ver a su madre repudiada —le interrumpió Stevens, sabiendo lo que el pelirrojo iba a decirle— y por el hecho de ser él tratado como un bastardo... y a causa de no poder llevar el apellido que por nacimiento le correspondía, ese hombre, ese hijo natural del abuelo de Verónica y su criada Liliana, ha ido incubando odio, odio y más odio, que ha desembocado en esta escenografía satánica. Y ha conseguido uno de sus objetivos, el fundamental puede: la desaparición definitiva de Percival Logan. Pero no creo que se detenga ahí, si no lo detengo yo...

Craig Stevens se puso en pie.

—¡Eh, pesquisa, un momento! —se desesperó Brown—. ¡Un momento, hombre!

Se volvió desde la puerta.

—¿Sí...?

—¿Puedo saber adónde vas?

—¡Claro! A pasarle factura al asesino de Nora Thiess. ¡Adiós! Salió a escape.

—¡Craig...! —El pelirrojo dio un manotazo de impotencia en el aire—. ¡Vete a hacer puñetas!

Pero descolgó el auricular.

Para dar unas instrucciones muy precisas.

CAPÍTULO 10

Cuando a media tarde, Craig se asomó por las cercanías de Village Road, no pudo evitar que la imagen de Nora acudiese a su mente con fuerza arrolladora.

Aquello, ahora, se trataba de una cuestión puramente personal. Entre quien resucitaba muertos y un detective llamado Stevens. Iba a solucionarlo a su modo.

—Sí... —musitó entre dientes—, ¡lo haré a mi manera! Por eso estaba allí.

Convencido de que fuera cual fuese el grado de participación de Terence Howard en los trágicos sucesos ocurridos, no por ello olvidaría sus debilidades.

Y el juego era una debilidad a la que difícilmente podían sustraerse sus adictos.

Penetró en el tugurio ubicado en el número uno de aquella calle.

El tipo de recepción alzó la cabeza del periódico que le tenía absorto.

—Buenas tardes.

—Hola...

—Usted no es socio, ¿verdad?

—No. Pero... —deslizó un billete de cien por encima del ejemplar del *New York Times* que el otro devoraba literalmente—, algún día lo seré.

El fulano, con presteza, se embolsó los cien pavos y obsequió al detective con una amplia sonrisa de complicidad.

—¿Que desea, amigo?

Amigo, lógico. Quien iba por el mundo regalando billetes de cien tenía que ser un amigo.

—¿Conoce a Terence Howard?

—¡Sí, claro! —exclamó. Añadiendo—: Precisamente ha llegado hace como... —consultó su reloj de pulsera—, ¡como unos veinte minutos! ¿Quiere que lo avise?

—Si. Es usted muy intuitivo. Pero... —sonrió— yo pretendo gastarle una broma al bueno de Howard. ¡Él también es muy bromista y me las gasta a mí de cuando en cuando! Los dos tenemos un gran sentido del humor, ¿sabe?

—¿Qué quiere que haga entonces? —preguntó el empleado con evidente desconcierto.

—Dígale que un agente de circulación lo reclama porque su coche está mal

aparcado, ¿eh?

Dejó el periódico encima del mostrador y encogiéndose de hombros, accedió:

—Como usted quiera.

Craig se fijó en el periódico.

¡Los plumíferos se habían despachado a gusto!

Estos eran los titulares del *New York Times* que estaba leyendo aquel fulano:

NUEVA YORK ES...

¡LA CIUDAD DE LOS MUERTOS VIVIENTES!

LLOYD LOGAN, UN CADÁVER, CORRE VIVO POR NUESTRAS CALLES

El truculento periodista comenzaba haciendo un análisis exhaustivo de los hechos acaecidos en el St. Raymond's Cementery. Después, reavivaba el recuerdo de lo sucedido en el Memorial Hospital. Luego...

> ...y me pregunto yo —añadía—, ¿hemos de admitir la verosimilitud de hechos semejantes en pleno 1982, en plena era atómica, pasados casi veinte años desde que el hombre puso sus pies en la Luna por primera vez? Y vuelvo a preguntarme... ¿por qué el cadáver de Lloyd Logan ha salido de su tumba? ¿Por qué Percival Logan se ha pegado un tiro después de ver a su hijo resucitado?
>
> Y sigo preguntándome... ¿Qué relación existe entre la muerta que asesinó un forense, Donald Cotten, en el Memorial Hospital... y la misteriosa resurrección del menor de los Logan? Y cabe preguntarse también... ¿Por qué ambos sucesos tienen como línea convergente, al parecer, la persona del desaparecido Percival Logan?
>
> Pero la policía, ¡para variar!, no parece dispuesta a contestar estos interrogantes.
>
> ¿Razones? Quizá la propia ignorancia o, lo que aún es peor, el miedo a la realidad...
>
> De todas formas, a primeras horas de esta tarde, una comisión ciudadana delegada y otra de la Asociación de Prensa se entrevistará con el superintendente de la Policía de Nueva York para exigir una explicación coherente...

—¡Menudo hijo de perra!

—¿Eh...? —arqueó las cejas el otro, que permanecía a la expectativa

mientras Craig repasaba el periódico, como temiendo que cambiase de opinión.

Stevens lo miró.

—¿Todavía está usted aquí?

—¡Oh, no... perdón! Voy a avisar al señor Howard.

Y se perdió tras las cortinas que separaban el vestíbulo de la sala de juego. Craig se fue a la calle.

Vio salir a Howard, un par de minutos después, y le vio dar vueltas con asombro alrededor de su coche.

—¿Quién habrá sido el marica que...? —estaba mascullando entre dientes, con expresión cabreada.

El impacto que recibió en la espalda, además de cortar la frase, lo proyectó contra la carrocería del Ford.

El detective, con ambos puños entrelazados, acababa de hacérselos estallar en la cintura. Muy cerca del riñón.

—¡Aaaag! —gruñó, retorciéndose, tras el impacto.

Craig, saltando sobre él, le cogió el brazo derecho retorciéndoselo atrás, en presa dolorosa, apretándolo contra las paletillas de Howard.

Con fuerza.

—¡Aaaay! ¡Suélteme! ¡Mc va a partir el brazo!

—¿No te han dicho nunca, Terence, que eres un hijo de mala madre?

—¡Por favor...! ¡Auxili...!

La palabra murió en la garganta porque Stevens aumentó la presión que ejercía en el brazo, diciendo:

—Cierra el pico o te rompo el alma, mal nacido.

—¡Pero...! ¿Quién...?

—¿Quién soy? Un resucitado, Terence. Un resucitado con muy mala leche, ¿entiendes?

—¡No...! No entiendo... ¡Pero suélteme!

—Te voy a soltar y tú te meterás en el coche porque los dos vamos a dar un paseo. ¡Ah, no olvides que llevo una pistola encima! Y piensa que no vacilaré en llenarte de agujeros a la menor tontería. ¿Lo tienes claro?

—Sí, sí..., ¡se lo juro!

Lo soltó, empujándolo con violencia, de nuevo, contra el vehículo.

—¡Sube al coche, cabrón! ¡Sube!

El detective se acomodó junto al asiento delantero al lado de Terence Howard. Éste, con ambas manos encima del volante, temblaba visiblemente.

—¿Dónde...?

—Al St. Raymond's Cementery..., ¡aprisa! Terence Howard adquirió una palidez cadavérica.

—¡No! ¡Allí... no!
Craig le metió un puñetazo en la nuez y en un tris estuvo de cargárselo.

—¿Por qué no, Howard? ¿Por qué?

Tenía el hueso de la garganta casi en el cogote. Daba visibles señales de asfixia.

El detective, para ayudarle a salir de aquel estado, le sacudió un leñazo en mitad de la espalda no sacando la mano por el pecho de milagro.

Terence había estrellado la cara en el volante.

—¡BASTA! —pudo aullar al fin—. ¿Qué quiere de mí?

—Que me hables de tu amigo. De ese que va por la vida resucitando a los muertos. Seguía estando cada vez más pálido.

—¡Me está buscando la ruina!

—Por supuesto, hijo de perra, por supuesto. Pero no olvides que empezaste a buscarla tú aliándote con el doctor.

—¡Ah...! ¿Lo sabe?

—Yo sé hasta latín, muñeco —y le amenazó con el puño derecho.
—¡NO! ¡Espere...! Hablaremos.

—No pluralices. Hablarás... *tú.*

Tragó saliva.

—Sí, sí, se lo explicaré todo. Yo... —tartamudeaba, hecho un lío y temblando como un flan—. ¡Le juro que yo no quería!

—Me lo imagino. Tienes cara de santo. ¡Al grano, o te caliento!
—Fue él quien acudió a mí —se disparó Terence Howard—, cuando estaba al servicio de Percival Logan...

CAPÍTULO 11

La llave giró en la cerradura.

Se abrió la puerta, entró el hombre y cerró tras él.

Avanzó por el pasillo, con rápidas zancadas, abriendo otra puerta. Una de las que asomaban al largo pasillo.

Allí estaba el ataúd. Y las velas.

Con sus llamitas oscilantes. Y el cadáver.
Un *cadáver* cuya energía *post mortem* él podía vivificar.
«Estamos llegando al final, Lloyd. Tu aura oscurece y pronto estarás definitivamente muerto. Pero antes... ¡viajaré de nuevo a tu interior! Será la última vez, la última, sí.
¡Matarás a tu madre y tus hermanas! Lloyd... —dulcificó la voz. *¿Me oyes, verdad, Lloyd*?»

Silencio.

Absoluto silencio.

SEPULCRAL SILENCIO.

*«¡*Lloyd*...!»*

La sombra de una cabeza, alzándose del ataúd, se dibujó entre las luces inseguras.

«¿Por qué no me respondes, Lloyd?»

—PORQUE NO ME DA LA GANA...

Una pincelada de asombro contrajo las facciones del hombre.

Aquella voz... ¡NO ERA LA DE LLOYD LOGAN!

—¡Eh...! ¿Quién eres tú? ¿Qué haces ahí?

Y al tiempo que pronunciaba aquellas palabras dio un salto, llevando la diestra al interior de la americana.

—¡Quieto, doctor, muy quieto! —vibró Craig Stevens—. Esto que tengo en la mano es una pistola. Parpadea... y te taladro.

—¡Maldito seas! —y se mantuvo inmóvil.

El detective había salido por completo del féretro.

—Tus maquiavelismos han terminado.

—¿Por qué te metes en mi vida? ¿Por qué? ¿Qué derecho tienes a hacerlo?

—El derecho que me otorga la muerte de Nora Thiess..., la muchacha que

mataste anoche en el cementerio.

—¡No era mi intención matarla! ¡Tan siquiera la conocía!

—¿Y crees que el hecho de que Floreal Logan te negase su apellido justifica las barbaridades que has cometido?

Una crispación contrajo las facciones del hombre.

—¿Cómo sabes tú...?

—Sé demasiadas cosas de ti, doctor... Jack McNee. Sé que eres hijo de Liliana McNee y Floreal Logan. Sé que estás loco y que los poderes diabólicos de tu mente torturada te han llevado a todo esto.

—¡No podrás probarlo!

—Ya lo creo, McNee. Terence Howard ya ha prestado declaración.

—¡Miente! ¡Ese canalla miente!

—¿Y crees también —siguió Craig Stevens, como si no le oyese— que tu venganza despiadada y canallesca justifica que sacrificaras la vida de Donald Cotten?

—¡Era mi primera experiencia! —estalló Jack McNee, dejando a un lado las evasivas, congestionado, rojo por la ira y el odio, desorbitados los ojos y mecido en aras de su propia locura—. ¡Tenía que saber si mis poderes eran válidos! No podía correr el riesgo de...

—Pero sí corriste el de cometer crimen tras crimen. Primero, una pobre desgraciada. Moira Bolkan, cuya muerte precipitaste inyectándole aire en las venas, tras convencerla de que acudiera al hospital alegando que sus dolores nerviosos podían tener origen cancerígeno. Era la víctima ideal porque no tenía familiares. Y te servía no sólo para realizar tu primera experiencia diabólica, tal como te indicara en su día Barry Dowell, tu maestro en artes satánicas..., sino para asestar el primer golpe a Percival.

—¡Maldito Percival!

—Él no era culpable de las decisiones de vuestro padre. ¿Y Lloyd? Lo que has hecho con ese infortunado muchacho es simplemente canallesco. Primero, sirviéndote de Howard, ¡capaz de vender a su madre por dinero!, lo aficionaste a la droga y lo integraste en las orgías satánicas. Estás loco, pero tu crueldad es inhumana. Para un padre católico que como médico luchaba por combatir los horrores de la droga, convertir a su hijo en adicto y servidor del diablo es un malabarismo brutal. Pero no bastaba y tuviste que provocar la sobredosis de heroína para seguir tu carrera satánica, para culminar ese juego de resurrecciones, ese rosario diabólico... ¡muertes y muertes! ¡Terror y más terror! ¿Y ahora, qué?

—¿Dónde está Lloyd? ¿Qué has hecho con él?

—Está donde deben estar los muertos. Pero no podrá descansar en paz porque a causa de tus experiencias alucinantes la ciencia querrá estudiar en él...

—¡JA, JA, JA, JA, JA, JA! Es a mí...! ¡A MÍ! ¡Es a mí a quien deben estudiar! ¡A mí... que puedo devolver los muertos a la vida!

—En el fondo, Jack McNee, me das pena...

McNee salló de nuevo atrás y esta vez, como una exhalación, extrajo su revólver.

—¡MUEREEEE! ¡MUERE, MALDITO!

Era un blanco demasiado fácil. Imposible de marrar.

Y en el fondo, lo que mejor podía hacer con él...

Sin mover un solo músculo, Craig Stevens apretó el gatillo. Una sola vez.

Le atravesó la cabeza.

Jack McNee, tras una extraña contorsión y sin llegar a hacer uso del revólver, salió despedido contra la pared, violentamente, y tras rebotar en ella, cayó de bruces en tierra.

Craig, maquinal en sus movimientos, guardó la automática.
—Ya no habrá más viajes al interior de la muerte —musitó, como en un rezo. Telly Brown hizo acto de presencia.

—No estoy muy seguro de haber hecho lo que debía, pesquisa.

—¿Qué querías entonces? Un proceso a lo Charles Manson. ¡Hay demasiados locos sueltos! Pero la magnitud de éste... Ha sido lo lógico, Telly. Llevarlo frente a un tribunal habría sido un error. En el fondo, estoy seguro de haber cometido un acto cristiano.

—Suena a blasfemia.

—¿El qué...? ¿El devolver muertos a la vida jugando con esa energía que al parecer, perdura en algunos cadáveres? ¡No compliques más las cosas!

—¿Qué les contamos a los Logan?

—A ellos la verdad. Es la prensa quien debe preocuparte.

Procura inventar una historia bonita, porque de lo contrario colgarán tu cabeza en el palo mayor del Empire State Building.

Se fue hacia la puerta.
—¡Eh...! ¿Te largas otra vez? Movió la cabeza, aquiescente.

—Yo he terminado, poli. ¡Que te sea leve!

EPÍLOGO

El sol pegaba con fuerza sobre la cubierta del *Liberty.*

—¡No puedo admitirlo, Craig! —exclamó la preciosa Verónica, cuando él dejó libres sus labios—. ¡Es imposible! Este vendaval de horror me ha marcado para siempre.

Stevens acarició el bello rostro.

—Te ayudaré a olvidar, pequeña. Juntos lo conseguiremos. A partir de ahora.

—Craig...

Él, estrechaba fuertemente el cuerpo exhaustivo de la hembra.

—¿Sí?

—Pese a todo, debo admitir que estoy locamente enamorada de ti.

—De eso quería hablarte la otra mañana, bonita. Este tiempo que hemos estado distanciados me ha permitido pensar en ti y clarificar mi postura. Sé que te quiero y estoy dispuesto a demostrártelo.

—¿Cómo, Craig?

—Cambiando radicalmente mi forma de actuar y comportándome en lo sucesivo como debe hacerlo un hombre casado que adora a su esposa. ¡Bueno...! —exclamó, besando otra vez la boca de Verónica—, eso, suponiendo que aceptes casarte conmigo.

—Si no te da miedo compartir el lecho de una loca.

—¡Boba! Eso, pasará. Yo me encargaré cada noche de irte curando... poco a poco.

Y tomándola con suavidad por la cintura y apretando aquel cúmulo de encantos contra él, sintiéndose vivificado al contacto firme de aquellos pechos ardientes...

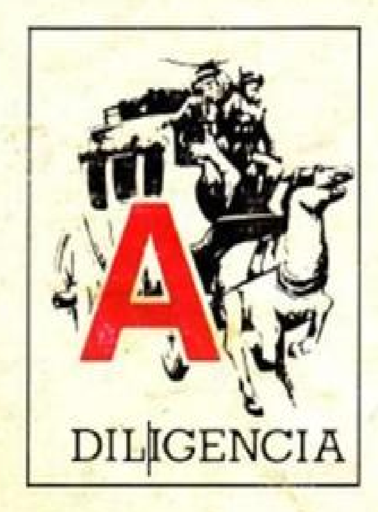
La llevó al camarote.

Había decidido iniciar la cura.

Craig Stevens, para casos similares, se servía de una terapia muy peculiar. Real como la vida misma.

Una vida sin muertos... ¡claro!

F I N







LA COLECCION
DE LOS MEJORES ... TORES
Y RELATOS D... ERN.
CADA SEMANA ... SU KIOSCO.



P.V.P. 110 ptas.

Notas

[←1]

En el argot se denomina así al establecimiento, mayormente clandestino, dedicado al juego. *(N. del A.)*